

SERVICIO SECRETO

**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS



POLICIACO

**NO IMPORTA
MATAR
EN JUEVES**

**Rocco
Laser**



Una de las peores cosas que le pueden ocurrir a un tipo en este mundo es abrir los ojos y darse cuenta de que lo han enterrado vivo.

Sí. He dicho bien. Enterrado vivo.

Resulta alucinante despertarse en el interior de un ataúd.

Al tratar de incorporarse, la cabeza golpea contra la tapa del féretro recia y dura. Lo demás está acolchado en raso barato.

Apenas queda espacio para moverse y se siente una gran depresión. Porque está claro que uno no va a salir de allí.

Si se quiere respirar hondamente, el aire parece espeso y la sensación de agobio acomete al prisionero que inmediatamente deduce que va a perecer ahogado.



Rocco Laser

No importa matar en jueves

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1732

ePub r1.0

Lds 05.03.19

Título original: *No importa matar en jueves*

Rocco Laser, 1983

Cubierta: Desiló

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Una de las peores cosas que le pueden ocurrir a un tipo en este mundo es abrir los ojos y darse cuenta de que lo han enterrado vivo.

Sí. He dicho bien. Enterrado vivo.

Resulta alucinante despertarse en el interior de un ataúd.

Al tratar de incorporarse, la cabeza golpea contra la tapa del féretro recia y dura. Lo demás está acolchado en raso barato.

Apenas queda espacio para moverse y se siente una gran depresión. Porque está claro que uno no va a salir de allí.

Si se quiere respirar hondamente, el aire parece espeso y la sensación de agobio acomete al prisionero que inmediatamente deduce que va a perecer ahogado.

Más espeluznante es darse cuenta de que la tapa se está rajando por una tonelada de tierra que empuja desde arriba.

El polvo cae sobre la cara y la tos nos acomete como preludio de un final espantoso.

Se va a morir asfixiado en la estrecha cámara. Y la muerte ha de ser horrible. La desesperanza es lo peor porque no hay forma de escapar. Es la sensación de hallarse en la más cruel de las ratoneras.

Encogí las piernas, y las rodillas trataron de probar a empujar la cobertura del arca mortuoria.

No cedió.

A cambio, la tierra se coló más aprisa por los intersticios. El polvo era agobiante. Me faltaba el resuello y me lagrimeaban los ojos.

Estaba perdido y lo sabía.

Pero deduje que en muchos cementerios entierran los cadáveres apilados unos encima de otros.

Si yo tenía la suerte de haber sido de los últimos sepultados, probablemente sobre mí solo habría medio metro de tierra.

Y medio metro puede proyectarse con la espalda si se hace un esfuerzo titánico.

No es del todo imposible sumar las fuerzas y sacar el material acumulado sobre el féretro.

«Oh, Dios, ayúdame», fue el gemido que escapó de mi garganta empolvada cuando me di vuelta en el interior de la caja.

Intentaría salir de mi encierro, apoyando manos y rodillas en el fondo, mientras que con la espalda empujaría hacia arriba en busca del aire libre.

Curvé la espalda en un titánico esfuerzo y acumulé energías.

De mi boca escapó un grito que resonó sordamente a causa del forro interior del ataúd.

Pero nada cedió y el horror hizo presa en mí.

Hermano, ¿se da cuenta usted de cuál era mi situación?

La cosa iba más allá de lo que se puede imaginar. Ojalá nadie tenga que pasar jamás por aquello. Es demasiado para un hombre. No es justo.

Nadie debe desear esto ni a su peor enemigo.

Me dejé caer vencido porque la tapa apenas se movió una pulgada.

En mí creció la angustia de pasar por una delirante agonía que no tardaría en producirse.

Si no había agotado las reservas de oxígeno se debía sin duda a los huecos que rodeaban mi encierro: Probablemente tenía burbujas de aire encerradas entre las piedras que me envolvían, mezcladas con la tierra.

En aquel caso, podría prolongar mi vida. ¿Pero valía la pena?

Yo sabía que respirando como en un jadeo ahorraría oxígeno y el fin llegaría más tarde.

¿Qué adelantaba con ello?

Por lo menos seguir vivo en aquella horrible situación.

Sabía que iba a morir y me dispuse a hacerlo aun cuando la agonía sería muy larga.

Dicen que los moribundos recuerdan los hechos más destacados de su vida como si pasaran aprisa en una película de avance rápido.

A mí me estaba ocurriendo aquello.

Comencé a recordar todo lo que había sucedido desde el principio.

Fue una serie de imágenes que se sucedieron una a otra.

La cosa empezó así...

* * *

Brigitte era una rubia estupenda que conocí el primer día de mis vacaciones.

Estábamos tendidos en la maravillosa playa mediterránea porque no había mejor cosa que tostarse al sol.

Aquel mar difería de la costa del océano en algo muy sencillo: las olas apenas destacaban sobre la superficie. El Mediterráneo es muy tranquilo.

Brigitte me pidió que le frotara la espalda con la crema antisolar y yo lo hice muy a gusto.

A ella también le resultaba placentero porque mi mano acariciaba su suave piel que tenía ya un estupendo color.

Conocí a Brigitte en una cafetería cerca de la playa.

Y desde entonces solíamos tomar el baño juntos.

También tomábamos la siesta muy juntos en el hotel Miramar.

Era una mujer maravillosa que viajaba sola y ya era la cuarta vez que pasaba en la costa sus vacaciones.

Para mí era el primer año. Y no me iba mal teniendo en cuenta que Brigitte era mi *partenaire*, mi acompañante a la hora del baño.

Lo pasábamos muy bien. Era pintora profesional y siempre andaba buscando tema para sus cuadros. Obviamente, el mar le daba mucho material para pintar.

Ella residía en París, pero siempre ansiaba hallarse en aquella playa mediterránea en sus vacaciones.

Poseía un cuerpo escultural, ojos muy grandes, azules, y piernas muy largas.

Confesaba tener treinta años, pero yo estaba seguro de que apenas había pasado los veinte.

Viajaba sola.

Aquella mañana ocurrió algo imprevisto a la hora de más calor.

Me había fijado en una lancha rápida que funcionaba a medio motor.

De repente, la lancha comenzó a hundirse inexplicablemente.

El que viajaba en ella parecía un hombre de mediana edad, cabellos grises y muy alto.

Observé un conato de pánico en su expresión.

La lancha se hundió de popa, debido al peso del motor, y el tipo quedó pegando desmañadas brazadas que evidenciaban que no sabía nadar.

Me incorporé y corrí hacia el agua.

Conseguí en el primer salto llegar a quince o veinte metros hasta sacar la cabeza.

Luego nadé vigorosamente hacia el náufrago.

No tardé en darle alcance en una zona del mar donde habría una profundidad de cinco metros.

Era la masa de agua más apropiada para ahogarse si un tipo no sabe nadar.

Lo atrapé por el pescuezo en un movimiento rápido para que no me abrazara y nos fuéramos los dos al fondo.

Conseguí nadar con él hacia la playa no sin cierta dificultad.

Di gracias a unos cursillos de salvamento que había practicado en mi país.

Cuando llegué con el náufrago a la playa hizo pie y se incorporó.

—¡Uff! —Hizo—. Llegó usted muy a tiempo.

—No se debe navegar sin saber nadar, amigo.

—¿Cree usted que todos los que viajan en barco saben mantenerse a flote?

Callé porque tenía razón.

Lo dejé suelto ya que el agua le llegaba ahora por las rodillas.

Salimos y Brigitte estaba de pie en la arena.

—¿Ha tragado mucha agua, señor? —sonrió.

El tipo esbozó una sonrisa.

—Un poco. Pero dicen por aquí que es bueno porque resulta laxante.

Brigitte rió con ganas, lo cual quitó dramatismo al suceso.

—Me llamo Jacques Marchand —suspiró el tipo náufrago.

Dije:

—Soy Alain Lautrec. Ella es mi compañera de playa: Brigitte.

Estrechamos la mano de Jacques Marchand, que parecía un poco avergonzado por su papel de víctima rescatada de la muerte.

—Gracias, señor Lautrec —me dijo.

—No tiene mayor importancia.

—¿Querría hacerme un favor adicional?

—Hable.

—Me siento un poco mareado. No sé... Preferiría que me acompañara a la playa de estacionamiento porque tengo allí mi automóvil.

Asentí.

—Espera un poco, Brigitte —dije—. Ahora seguiremos con la crema.

—No tardes.

Jacques Marchand y yo fuimos hacia los aparcamientos.

—¿Sabe una cosa? —dijo al llegar junto a su Aston Martin muy brillante.

—¿El qué?

—Alguien puso disolvente en la popa de mi embarcación. Se ve que era un bote que contenía una sustancia que erosiona el plástico. Cuando se volcó, hizo un agujero en el fondo y el peso del motor hizo todo lo demás.

—¿Quiere decir que alguien está interesado en matarle?

—Apostaría doble contra sencillo.

Lo miré a los ojos tratando de indagar si acaso sufría manías persecutorias.

—¿Quién quiere matarle, señor Marchand?

—La verdad es que no lo sé.

—¿Hay alguien que salga beneficiado con su muerte?

Marchand esbozó una sonrisa.

—Siempre hay alguien que puede heredarnos.

—¿A qué se dedica usted, señor Marchand?

—Soy joyero. Pertenezco a la Corporación de Joyeros en París. ¿Qué hace usted, Lautrec?

—Soy jefe de una Compañía de Protección de fondos. Y estoy de vacaciones por primera vez en estos pagos.

—Vaya, es una casualidad. Nosotros, los joyeros, requerimos la ayuda de las Compañías de Protección. ¿Cuál es la suya?

—Atlas.

—Nosotros aceptamos los servicios de la llamada Compañía Argos.

—También es buena —dije.

—Oiga, ¿por qué no me protege usted?

—Lo siento, pero me hallo en período de vacaciones. No quiero saber nada de protección.

—Podría pagarle muy bien.

—No, señor Marchand.

—¿Por qué?

—Las vacaciones son para mí sagradas.

—Entiendo. Buscaré a otra persona.

Me tendió una mano y yo la estreché.

—Lleve cuidado, señor Marchand —agregué.

Justo en aquel instante aparecieron por detrás del coche dos tipos vestidos con cazadoras de piel, a pesar del calor reinante.

Portaban sendos cuchillos en la mano.

No pestañeeé cuando me di cuenta de que querían matar a Marchand.

Levanté la pierna derecha y la interpose entre Marchand y un cuchillo.

Pero no se detuvo allí.

Alcancé en el bajo vientre a uno de los tipos de la cazadora.

Se encogió, pero no les di tregua.

Di la vuelta y estrellé mi pie desnudo en el mentón del otro fulano.

Sonó un chasquido impresionante y el tipo aulló soltando también su arma blanca.

A continuación, los dos fulanos dieron la vuelta y echaron a correr.

Fui detrás de ellos, pero ya se habían colado dentro de un coche con el motor en marcha y pronto desaparecieron.

No pude ver la matrícula, pero me di cuenta de que era un Tiburón gris, de años atrás.

El vehículo se alejó levantando mucha arena.

Regresé al lado de Marchand que estaba pálido como un muerto.

—¿Se ha dado cuenta, señor Lautrec?

—Sí —mascullé.

—Vienen a por mí. Es el tercer intento.

—Tenemos lo de la lancha. Ellos la perforaron para que usted se ahogara. Luego los cuchillos. ¿Qué intento es el que falta?

—Cortaron el conducto de mis frenos hace dos días. Gracias a

que pude reducir las marchas y arrimarme a una pared, conseguí que el coche no volara hacia un precipicio.

Quedé en silencio unos segundos.

El aprovechó para insistir.

—¿Quiere ayudarme, señor Lautrec?

—¿Por qué no acude a la policía?

—Porque hacen demasiadas preguntas. Un hombre como usted facilita las cosas.

—Entiendo.

—Le pagaré dos mil dólares si me sirve de protección.

—No me gusta el trabajo de guardaespaldas.

—Tendrá dos mil dólares que, a cambio de muy poco trabajo, es bastante dinero.

Calculé aprisa y asentí.

—Ya tiene un guardaespaldas, señor Marchand.

—Gracias.

—¿En qué hotel se hospeda?

—En el Excelsior.

—Bien, búsqume alojamiento lo más cerca posible de usted y acudiré allá con mis cosas.

—Sus «cosas», ¿incluyen a Brigitte? —sonrió.

Dejé perder la mirada hacia el infinito.

—Tal vez —dije.

Luego, lo acompañé a la puerta del hotel y regresé al lado de mi rubia favorita.

CAPÍTULO II

El peor de los trabajos que puede hacer el investigador o el detective es el de guardaespaldas.

Es debido a lo frágil que resulta la custodia de un individuo.

Aunque se pasara uno la noche y el día en su compañía sería muy difícil proporcionarle la protección adecuada.

Podía ocurrir que lo mataran al entrar en un lavabo público, al menor descuido, o lo envenenaran a la hora de la comida si no tenía un catador oficial como lo hacían los antiguos monarcas.

Es un condenado trabajo, lleno de agujeros.

Y tres intentos por deshacerse de Jacques Marchand eran demasiados.

Si lo intentaban por cuarta vez sería más difícil la vigilancia porque los presuntos asesinos cuidarían al máximo no errar en el próximo golpe.

Pero había que hacer algo y yo estaba dispuesto.

Tomé habitación en el Excelsior justo al lado de la de Marchand.

Era una habitación individual porque decidí que Brigitte se quedara en su *camping*.

No deseaba que a ella le ocurriera algo si teníamos jaleo.

Pero venía a visitarme muy a menudo.

Yo me limitaba a acompañar a Marchand al mar para que tomara su baño y a la mesa cuando hacía sus comidas.

También conduje su coche hasta el Club Náutico donde un equipo se encargaría de rescatar la lancha hundida cerca de la playa.

Por las noches se retiraba pronto a su habitación y yo me ocupaba de echar una ojeada a su cuarto para ver si todo funcionaba bien.

Pero al tercer día ocurrió algo que me desconcertó.

Entré en el cuarto del señor Marchand y estaba vacío.

Llamé por el teléfono interior a la conserjería y me contestaron que había abandonado el hotel.

—¿Quiere decir que ha pagado la cuenta y se ha despedido?

—Exactamente, señor.

Di un brinco porque algo me decía que estaban funcionando mal las cosas.

Descendí al vestíbulo sin darme tiempo a colocarme la cazadora de verano.

Me enfrenté con el encargado de la recepción.

—¿Está seguro de que el señor Marchand ha abandonado el hotel?

—Sí, señor. Y dijo que las maletas las enviaría a recoger.

Me olía muy mal todo aquello.

Conque tuve un presentimiento súbito.

—¿Iba solo?

El encargado denegó.

—Lo acompañaban dos caballeros.

—¿Qué aspecto tenían?

—Sólo me fijé en uno de ellos. Era pelirrojo y tenía una cicatriz en el pómulo.

—¿Cómo se hallaba el señor Marchand?

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a si estaba nervioso o cosa parecida.

El empleado frunció el entrecejo.

—Ahora que lo recuerdo sí que le noté algo inestable.

—¿Quiere decirme de una endiablada vez qué quiere decir «inestable»?

—Que pagó precipitadamente, se equivocó un par de veces y finalmente no recogió su cambio.

Apreté los maxilares porque sospechaba un secuestro.

—¿No dijo adónde debían remitirle la correspondencia?

—Sí. Dijo que ya pasaría por aquí si tenía tiempo para recogerla.

Asentí de una cabezada.

Di la vuelta y me pregunté dónde diablos podía hallar al tipo pelirrojo, con una cicatriz en el pómulo.

La desaparición de Marchand era muy misteriosa y quería

aclararla aunque fuera lo último que hiciese en aquellas vacaciones.

Me reuní con Brigitte en la playa y le conté el caso.

La muchacha aumentó el tamaño de los ojos.

—¿Conozco a ese pelirrojo!

—¿Cómo es posible?

—Se le ve mucho por

Cugat's.

Incluso intentó ligar conmigo una noche.

—¿Dónde podría hallarlo?

—Pregunta en

Cugat's.

Se ve que es cliente de allí.

Pasé la tarde con Brigitte e incluso parte de la noche.

Cuando ya era bastante tarde nos dirigimos a

Cugat's.

Pedimos unos martinis en la barra y pregunté al camarero que me indicó Brigitte con un gesto.

—¿Un sujeto pelirrojo con una cicatriz? —dijo—. Tiene que ser el señor Fellack.

—¿Quién es el señor Fellack?

—Viene con frecuencia con sus amigos. Uno de ellos es un mestizo muy corpulento.

—¿Dónde puedo hallarlos?

—¿Al pelirrojo y al mestizo?

—O a cualquiera que se relacione con ellos.

El camarero miró por encima de mi hombro.

—Vaya si es casualidad. Ahí está el señor Fellack.

Di la vuelta y vi a un tipo alto, pelirrojo, que se movía entre las mesas para buscar la barra del bar.

Lo dejé un rato bajo observación y le dejé beber un par de *whiskys* con hielo.

Finalmente ocurrió lo que yo esperaba: acudió a los lavabos de caballeros.

Dejé a Brigitte en el mostrador con un nuevo martini y acudí a los aseos.

El tipo ya se estaba lavando las manos.

Me coloqué a su lado y dije:

—¿Dónde está Marchand?

El tipo me miró como si estuviera loco.

—¿«Martrand»? ¿Quién es «Martrand»?

—Oiga, listo. He dicho bien claro «Marchand». Jacques Marchand.

—No lo conozco.

Lo agarré por las solapas de la blanca chaqueta y lo levanté unas pulgadas del suelo.

El tipo quiso tirarme un puñetazo a la cara, pero lo esquivé.

Como premio lo lancé contra la pared con tremenda violencia.

Luego, saqué una Luger del bolsillo y se la planté en las narices.

—Contaré hasta tres, Fellack. A la tercera, disparo.

—¡No!

Lo tenía bajo control y supe que hablaría como un loro.

—Escúpalo todo.

El se humedeció los labios con la lengua amarillenta y dijo:

—Yo sólo soy un intermediario. Me pagaron cincuenta dólares por sacar a Marchand de su hotel, cuando usted estaba descuidado.

—Conque sabías quién era yo.

—Sólo sabíamos que le hacías sombra por todas partes.

—Quiero hallar a Marchand. Conque dame el rumbo.

El tipo esperó que un cliente que acababa de entrar en los lavabos interrumpiría mi interrogatorio.

Pero el fulano se limitó a utilizar los inodoros y sin mirarnos tan siquiera, abandonó los lavabos.

Le di unos nuevos sacudones a Fellack y cantó como los propios ángeles.

—El señor Marchand está en una finca que se llama Las Rocas. Al final de la gran avenida que bordea la playa. Pero le aseguro que yo soy un recadero. Me pagaron cincuenta dólares por sacar al señor Marchand bajo amenazas, del hotel, y llevarlo a Las Rocas.

Abrí los dedos y le di la espalda. Enfundé la Luger.

Aquello fue un error por parte mía porque el tipo se abalanzó sobre mí por atrás y trató de estrangularme.

Tuve que hacer una pirueta, sacarlo por encima de mí y arrojarlo contra la pared donde su cabeza golpeó con terrible impacto.

Coleó un poco como un lagarto malherido y se quedó quieto, inconsciente.

Regresé a la barra y le dije a Brigitte que nos íbamos.

Aquella estupenda mujer deseaba el agua más que las focas.

La dejé en una zona de la playa donde se desnudó completamente y se enfundó un bikini de colores muy vivos.

Sonreí al verla adentrarse en el mar en el baño nocturno que tanto la complacía.

Regresé hasta el estacionamiento de mi coche alquilado y enfilé la gran avenida que bordeaba la playa.

No dejaba de mirar los letreros que identificaban las mansiones elevadas frente al mar.

Por fin hallé de casualidad un letrero que decía «Las Rocas».

Abandoné el automóvil y rebasé un par de cuadras hasta llegar a la entrada del jardín.

Como en la puerta se veían dos tipos malcarados, di la vuelta por atrás y busqué un espacio por donde escalar la verja.

Lo encontré y, de paso, también una yedra que me facilitó la entrada.

Caí de pie en el interior del jardín lleno de vegetación.

La mansión tenía un par de plantas.

Acudí en busca de la puerta de servicio y después de un pequeño rodeo entré en lo que debía ser la cocina.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo una mujer de aspecto seco que trasteaba en los hornillos—. No sé qué pasa que desde hace poco se llena la casa de extraños.

—Quiero ver al jefe.

—Si se refiere al señor Brally, tiene una reunión en la primera planta. En el salón grande.

Le di las gracias y me adentré en la casa.

No sabía dónde quedaba el salón grande, pero lo hallé.

Se trataba de una estancia de unos sesenta metros cuadrados, muy bien amueblada.

Dentro había tres tipos.

Dos se hallaban de pie y el tercero, que debía ser Brally, se repantigaba detrás de un escritorio.

Cuando entré, todos se quedaron mirando.

—¿Quién es usted? —inquirió el del escritorio.

—Alain Lautrec, el nuevo chófer.

Brally entrecerró los ojos.

—¿Nuevo? No he pedido ningún chófer a la agencia. Debe tratarse de un error. Además, antes de entrar en una habitación se debe pedir permiso. Eso hacen los servidores domésticos.

En eso, uno de los que acompañaban a Brally, un sujeto membrudo y ancho como un armario, lanzó una exclamación.

—¡Señor Brally! ¡Le está tomando el pelo!

—¿Cómo?

—¿Recuerda que recibimos una llamada del pelirrojo Fellack? Apuesto a que éste es el tipo que le atacó en Cugat's.

—Maldición —masculló Brally—. Hagan algo.

—Vaya que lo haremos.

Los dos tipos que acompañaban a Brally se lanzaron sobre mí.

Los esperé con las piernas abiertas.

El primero que llegó, se pasó de listo y trató de agarrarme por el cuello.

Me agaché y pasó limpiamente por encima de mí yendo a golpear la cabeza contra la pared.

Al incorporarme lancé mi derecha y tuve la suerte de cazar al otro en plena quijada.

El tipo dio la vuelta de campana y se derrumbó inconsciente.

Luego giré y el otro, ya recuperado del testarazo contra la pared, embistió como una res.

Detenerlo habría sido lo mismo que pretender detener a una locomotora a cien kilómetros por hora.

Conque me limité a esquivarlo y soltarle de paso un mazazo en la nuca.

Nuevamente golpeó la cabeza contra la pared, esta vez la contraria, y después de un breve ronquido quedó desactivado.

Salté muy a tiempo hacia Brally porque trataba de sacar un arma del cajón del escritorio.

Conseguí atraparle la mano dentro, cerrando con fuerza, y el fulano emitió un aullido.

Sacó la mano desarmada y junto con la otra las levantó por encima de la cabeza.

—Me rindo. No me haga daño.

—No se lo haré si contesta a mis preguntas.

—¿Qué quiere saber?

—Lo mismo que le pregunté a Fellack.

—Ya me llamó para prevenirme —dijo el tipo con amargura.

—Sí. Le hice cantar esta dirección. Y por una sola razón. Quiero que me diga dónde está Jacques Marchand.

—¿Para qué lo quiere saber?

—No sé si se está haciendo el listo, amigo. Pero debo indicarle que soy el protector del señor Marchand. Alguien se lo llevó del hotel en cuanto volví las espaldas...

Me interrumpí para sacudirle un patadón en la cabeza a uno de los sujetos derribados que empezaba a recuperar el conocimiento.

Con aquella sobredosis tuvo suficiente para recuperar otra vez el sueño.

Brally se veía muy impresionado, la frente perlada de sudor.

—Oiga, Lautrec. Nosotros nos encargaremos de su custodia.

—Es el señor Marchand quien debe tomar la decisión.

—Pero nosotros somos una organización que funciona mejor que un hombre sólo como usted. Podemos protegerlo de cualquier peligro.

—No cuela.

—¿No me cree?

—¿Cómo voy a hacerlo? Entro aquí y estos dos gorilas se echan sobre mí. Olfateo que hay algo sucio detrás de todo esto.

Brally intentó forzar una risita.

—Todo es limpio, señor Lautrec. Su protegido está mejor guardado con nosotros.

—¿Quiénes son ustedes? —dije.

—Pertenece al Servicio Táctico.

—¿Qué es eso?

—Un servicio oficial, ¿comprende?

—Tendrá que explicármelo.

—Nos encargamos de ciertas misiones especiales. Las que conciernen a asuntos extranjeros.

—Ya. Una especie de CIA.

—Más o menos.

—Dígame dónde está Marchand.

—No puedo.

—Ahora veremos.

Alargué el brazo y conseguí alcanzar al tipo por el pescuezo.

Pataleó detrás de la mesa de escritorio y le aplasté la cara contra el tablero sin soltarlo.

—Eh, va a romperme el cuello.

—Eso será si no me dice dónde puedo encontrar al señor Marchand.

Brally resollaba contra la carpeta de la mesa.

—Navigator.

—¿Qué está diciendo?

—En estos momentos, el señor Marchand está custodiado en el Navigator. Un yate anclado en la bahía.

—¿Sabe lo que le pasará si me engaña? Volveré aquí y se quedará sin cabeza.

—Créame...

—Y soy un tipo que cumple lo que promete.

—¡Le juro que es cierto! ¡Pero no debe intentar rescatarlo porque está muy bien guardado! ¡Por eso no tengo inconveniente en decírselo!

En aquel justo instante lancé una maldición porque noté el frío cañón de un arma apoyado en mi nuca.

Era el tipo al que había golpeado con el puño que se hallaba recuperado y me había sorprendido por atrás.

—Basta ya, amigo. Suelte al señor Brally o le hago un agujero en el cogote.

Dejé libre a Brally quien se apresuró a arreglarse la corbata y a estirarse la camisa.

El otro fulano del golpe en la cabeza también estaba en pie y portaba un revólver en la mano.

Brally apretó los dientes.

—Sáquenlo de aquí. Deténganlo. Hágalo, Turk.

El llamado Turk me hizo dar la vuelta y me mostró unas credenciales que consistían en una placa de metal.

—Queda arrestado.

—¿Qué es usted? ¿Policía?

—Pongamos que sea así. Andando. Vigílalo, Elmer.

Turk y Elmer, los dos tipos que estaban con Brally, me sacaron de la casa a empujones después de colocarme unas esposas.

—¿De qué me van a acusar ante el jefe?

—Allanamiento de morada. Eso será suficiente para que medite

una temporada entre rejas. Las leyes en este país son muy serias al respecto.

Salí con ellos después de atravesar el jardín y me obligaron a entrar en un auto azul.

Elmer ocupó el lugar del conductor, mientras Turk viajaba conmigo en el asiento trasero sin dejar de apuntarme con su revólver.

Viajamos largo rato y me llevé una sorpresa.

No acudíamos al centro de la ciudad. Cada vez nos alejábamos más hacia las afueras.

Después de un recorrido de quince minutos nos detuvimos delante de un viejo molino.

—Andando, querido —dijo Turk sin dejar de apuntarme con su arma.

Descendí y fue cuando me di cuenta de que iban a matarme.

—Ustedes no pertenecen a ninguna organización oficial.

—¿No?

—Son unos vulgares pandilleros.

—Aunque no lo creas somos una organización... que a veces se ve obligada a actuar al margen de lo legal.

—¿Van a matarme?

—Digamos que vas a pasar a mejor vida.

—Un momento...

—Se acabó el programa, muchacho. Y no sufras por el señor Marchand. Nosotros lo cuidaremos en tu ausencia.

Sabía que en cuanto llegáramos al interior del molino harían fuego.

Me había dejado engañar, pero ellos tampoco habían sido demasiado cautelosos.

Olvidaron registrarme e ignoraban que yo portaba una Luger en el cinto.

Dentro del abandonado molino, Elmer también extrajo un revólver y me apuntó.

—Esperen, muchachos. Tengo algo que decir.

—Pues date prisa que ya es tarde —dijo Turk.

—Tengo mil dólares en el bolsillo —mentí—. Pueden tomarlos y me dejan en paz.

Elmer rió con ganas.

—Has hecho bien en decirlo, muchacho. Te mataremos y luego nos llevaremos la plata. Está tan cara la vida...

Con las manos esposadas me abrí la cazadora como si quisiera tentarlos con la vista del dinero.

—Está aquí... Mil dólares...

Pero lo que hice fue empuñar la pistola no sin cierta dificultad.

Los dos tipos se asombraron mucho cuando me vieron sacar el arma.

—¡Maldición! —gritaron a coro.

Y ya no hubo más conversación.

Fueron las pistolas las que hablaron.

Me eché al suelo y los dos primeros proyectiles pasaron sobre mi cabeza.

No les di otra oportunidad.

Abrí fuego y repartí el plomo con equidad.

Dos balas fueron para Turk y otras dos para su compinche.

Ambos saltaron atrás al impacto del plomo y rodaron por encima de la paja del molino abandonado.

Cuando dejaron de dar vueltas ya estaban muertos.

Busqué la llave en los bolsillos de Turk y acerté a la primera porque pude desembarazarme de las esposas.

Luego, salí de la casa y utilicé el auto azul de los dos pandilleros.

Volví al centro de la ciudad.

CAPÍTULO III

Hallé a Brigitte en el club Playa donde teníamos nuestro punto de reunión.

Ella apretó los labios como enfurruñada.

—Ya podía yo esperar al señor que me recogiera de la playa.

—Supuse que volverías por tus propios medios.

—Hice autostop. Y el camionero que me trajo quiso propasarse conmigo.

—¿Se propasó? —inquirí, auténticamente interesado.

—Le hice una llave de judo y creo que le rompí el brazo. Luego, hice el corto trecho hasta este club a pie.

—Eres una chica valiente.

Me besó rápidamente y dijo:

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Si te lo cuento, no me creerías.

—Apuesto a que tiene algo que ver con el individuo que salvaste en la playa.

—Positivo.

Ella hizo un mohín y gimió:

—¿Por qué no me lo cuentas todo?

—No quiero involucrarte.

—¡Pero yo he sido la que te ha llevado de la mano duran te días y días por la costa! ¡Yo conozco más que tú todo este ambiente! ¡Suéltalo!

La miré con fijeza dejando correr unos segundos y luego me convencí de que podía confiar en ella.

Le hice un relato minucioso acerca de los acontecimientos sin ocultarle el último tiroteo.

Ella tenía los ojos abiertos como platos.

—¡Alain! ¡Estás metido en un asunto de espionaje o algo parecido!

—Me temo que sí.

—¡Ahora tienes que hallar al señor Marchand!

—Me pregunto por qué lo han secuestrado. Podían haberlo matado.

Brigitte denotó una lucidez especial al aclararme:

—Es muy sencillo. Al principio quisieron darle el pasaporte a lo bestia. Pero luego, pensaron en hacerlo en el mar.

—¿Por qué en el mar?

Brigitte hizo una mueca como si tratara de explicar la verdad al tonto del pueblo.

—¿No lo comprendes? Si matan a alguien en la habitación de su hotel o en plena calle, se corren riesgos. Siempre queda el cuerpo. Pero si lo secuestran en un yate es muy fácil arrojarlo al mar con unas piezas de hierro y se deshacen del cadáver.

—Infiernos, tienes imaginación.

—No soy tonta, Alain. Los hombres creéis que si una mujer es guapa, tiene que ser necesariamente tonta. Y estáis muy equivocados. Las guapas también tenemos sesos.

La besé suavemente.

—Gracias, cielo. Eres todo un cerebro.

Medité un poco y agregué:

—Y maldita sea si encuentro muerto a Marchand.

—No lo hallarás porque a estas horas ya estará en el fondo del mar.

—Espero que te equivoques.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a visitar el yate Navigator, aunque sea lo último que haga en mi vida.

—Será inútil, Alain. Cuando llegues allí sólo encontrarás a unos tipos que no saben nada. Pero Marchand ya estará en el fondo del mar sirviendo de comida a los peces... A no ser que los tipos que lo secuestraron hayan cambiado de idea.

—¿Qué quieres decir?

—Primero pensaron en matarlo, pero luego han decidido que les es más útil vivo. Sí, tal vez podía ser...

La miré con respeto. Se estaba pellizcando el mentón denotando

que su hermosa cabeza estaba hirviendo porque pensaba en todas las posibilidades.

Interrumpí su proceso mental porque soy más tipo de acción que de pensamiento.

—Voy al Navigator —me puse en pie.

—¿Estás loco? ¿Cómo piensas ir? ¿Nadando?

—Robaré un bote a remo.

Brigitte se echó a reír.

—Eres un alcorcho, Alain. ¿Para qué me tienes a mí?

—¿De qué me vas a servir?

—Te proporcionaré un bote a motor de los que alquila un amigo mío. Ya vengo por estos lugares muchos años y conozco todos los rincones.

—Bien. Prepárame un bote fuera borda.

—Será con una condición.

—¿Cuál?

—Te voy a acompañar.

—¿A visitar el Navigator? Ni lo sueñes. Puede haber jaleo.

—A mí me gustan las aventuras.

—No vendrás.

—Entonces tampoco tienes lancha con motor fuera borda.

Mascullé una imprecación y cedí:

—Sea. Conducirás el bote porque yo de navegación estoy limpio.

—Y también subiré al Navigator. Podrían matarte.

Ella abatió los párpados como acometida por la timidez.

—Bueno... Yo tengo una pistola.

—Demonio.

—Bien. ¿Quieres que vayamos juntos o no?

Me pregunté qué diablos podía hacer con aquella hermosa criatura que además de ser inteligente era muy valiente.

—Iremos juntos en el bote —decidí.

Lanzó un gritito y se echó en mis brazos.

—Eres mi héroe.

—Y tú mi heroína.

Salimos del Club y fuimos directamente a un embarcadero donde Brigitte preguntó por un tal Marcial.

Marcial era un fulano de unos cuarenta años que se hizo mieles cuando Brigitte le pidió el favor de alquilar un bote.

Sin duda al tipo le gustaba Brigitte más que las uvas a las zorras. Embarcamos poco rato después y recorrimos la bahía. No tardamos en hallar un yate anclado en la parte este.

Detuvimos el motor y la lancha se deslizó como una sombra por las aguas.

Mi plan era abordar el Navigator sin despertar sospechas.

Alcanzamos una escalera de cuerda que pendía a estribor y subimos uno tras otro.

El corazón me golpeaba con fuerza en el pecho, no por el peligro que yo pudiera correr. Mis temores eran por si a la maravillosa Brigitte le sucedía algo. Me estaba haciendo mucha falta aquella estupenda criatura.

Una vez a bordo nos detuvimos como dos sombras a la escucha.

Iniciamos un rodeo por cubierta y no descubrimos a nadie.

Finalmente observamos que una de las ventanas en forma de ojo de buey tenía luz.

Atisé para mirar en su interior.

Primero sufrí una fuerte impresión al ver a Jacques Marchand vivo y coleando. Por lo menos habíamos llegado a tiempo.

Luego, sentí una gran indignación porque presentaba varios moretones en el rostro, evidencia de que había sido golpeado salvajemente.

Un tipo grandullón se acariciaba el puño dispuesto a sacudir de nuevo a Marchand.

Tan embebidos estábamos mirando por el ojo de buey que no vimos acercarse a un fulano que dijo con voz bronca:

—Arriba las manos.

Brigitte y yo nos dimos la vuelta sobresaltados.

Un tipo de cara chupada y ojos muy juntos nos apuntaba con una metralleta de diminutas dimensiones pero que debía hacer muchos agujeros si se apretaba el disparador.

Sonreí forzosamente, pero de modo convincente.

—Oh, lamento haberles abordado —dije.

—¿De veras?

—Sinceramente.

—Pues lo van a lamentar de veras por haber metido las narices donde no les importa.

—Espere —exclamé—. Mi novia y yo hemos sufrido una avería

en la lancha. Conque nos aproximamos a este yate para que nos echaran una mano. Necesitamos que nos remolquen.

El tipo frunció el entrecejo sin convencerse de la excusa.

—Entren en el camarote y seguiremos hablando.

Maldije para mis adentros porque si Marchand reaccionaba a nuestra vista, sin duda nos iba a delatar.

Condenadamente, Marchand lo primero que exclamó fue:

—¡Lautrec!

Los dos tipos, el corpulento y el chupado de cara se giraron.

—¡Es Alain Lautrec! —exclamó el delgado—. ¡Ya nos pasaron recado de que asomaría por aquí!

—Un momento, señores... Necesito que me escuchen.

—Ya ha hablado bastante. Usted venía a rescatar al señor Marchand. Pero le ha salido mal.

Me encaré con el delgado de la metralleta.

—Muy bien. Es cierto. ¿Qué van a hacer con nosotros? —Usted es un tipo peligroso, Lautrec. Así que tenemos órdenes de liquidarlo si aparece por aquí.

—¿Así por las buenas? Eh, dejen ir a la muchacha.

—La muchacha también servirá de pasto a las barracudas. ¿Conoce esos peces? Son muy voraces. Cuando les faltan presas pequeñas hincan los dientes en la carne humana. Una vez estuve buceando después de arrojar a un tipo atado de pies y manos al agua y, ¿qué cree que encontré? Yo se lo diré. El fulano se había convertido en un puro esqueleto como esos que utilizan en las facultades de medicina para estudiar los huesos. Nadie sería capaz de identificar un cadáver después del paso de las barracudas.

Hizo una pausa y miró con ojos golosos a Brigitte. Agregó:

—Demonios, esta noche tengo envidia de las barracudas porque a la rubia me gustaría hincarle el diente.

—¿Por qué han conservado vivo al señor Marchand?

El chupado que era tan parlanchín continuó:

—Primero pensamos en liquidarlo. Pero hemos recibida órdenes de arriba para conseguir algo importante de él.

—¿El qué?

—No se lo voy a decir para que se vaya al otro mundo rabiando.

—Suéltelo, hombre...

—Bien, curiosón. Queremos que nos firme una orden de

desembarco de cierto material agrícola.

—El señor Marchand se dedica a la joyería.

—Pero también trabaja la maquinaria agrícola —sonrió el delgado agriamente—. ¿Eh, señor Marchand?

Marchand estaba tan impresionado que no decía nada.

El fulano de la cara chupada agregó:

—Ahora salgamos a cubierta porque si se escapa alguna bala no quiero estropear la decoración interior.

—No va a matarnos a sangre fría.

—¿Qué se apuesta?

Marchand tomó la palabra por primera vez al dirigirse a los pandilleros.

—Oiga, les doy dos mil dólares a cada uno en divisas contantes y sonantes si nos dejan en libertad a todos.

—Usted está loco, hermano. Nosotros no peleamos por el dinero.

—Entonces, ¿por qué pelean? —intervine.

Ahora fue el corpulento quien tirando de la pistola nos apuntó al desgaire y dijo:

—Ideales. Peleamos por un ideal.

—Menudo debe ser cuando pretenden acribillar a balazos a la gente inofensiva.

—¿Usted inofensivo, Lautrec? Sabemos a estas horas que usted le dio la ración a dos de nuestros compañeros del Servicio Táctico. Así que ahora le toca a usted.

—Un momento —dije por ganar tiempo.

Pero el delgado me atajó:

—Se acabó la cuerda. A cubierta.

Brigitte estaba muy pálida, pero obedeció valientemente.

Yo salí primero que ella porque calculaba cómo podía sacar la pistola, abatir al de la metralleta y luego cargarme al corpulento, todo ello sin que se escapara una bala perdida y matáramos a Jacques Marchand que seguía atado a una silla.

Simulé tropezar en el escalón más alto y caí al pino de madera mientras extraía la pistola.

La metralleta enfocó hacia mí y me vi en la doble precisión de apartar a Brigitte y dispararle al fulano.

Conseguí hacer bien las dos cosas.

Empujé a Brigitte de nuevo hacia el interior del camarote.

La ráfaga de la metralleta me peinó los cabellos y la ristra de balas acribilló una cristalera.

Y ya no di más oportunidades a los dos pájaros.

Hice fuego sobre el delgado quien aulló tirando el arma hacia el techo.

El grandullón emitió una maldición y me apuntó con el arma que empuñaba.

Pero tampoco le di tregua.

Con una sola bala lo envié al otro mundo porque el proyectil le entró por el pómulos y le salió por el cogote.

Brigitte también tenía una pequeña pistola en la mano que no llegó a utilizar.

—¡No me has dado tiempo, Alain!

—Los tiros no son cosa de señoras —dije.

Ella gimió de rabia.

CAPÍTULO IV

Brigitte se encargó de aflojar las cuerdas que sujetaban a Marchand a la silla.

El cincuentón se masajeó las muñecas entumecidas por la cuerda.

—Llegaron ustedes muy a tiempo —dijo—. Ya no podía resistir más, Lautrec.

Lo tuve que sostener porque se caía.

Evidentemente, había pasado una dura prueba.

Como la vista de los muertos no era agradable, los saqué uno a uno del camarote y los tiré por la borda.

De paso, di una vuelta por la embarcación para cerciorarme de que no había nadie más que nosotros tres.

Entré en el camarote dispuesto a tener una plática con Jacques Marchand.

Brigitte lo comprendió sin palabras y salió a cubierta a tomar el aire porque era una chica muy discreta. Aunque le tuve que dar un pequeño empujón por la parte más carnosa del cuerpo.

Una vez solos Marchand y yo inquirí:

—¿A qué viene todo este lío, señor Marchand?

El cincuentón hizo una mueca.

—No se lo he contado desde el principio porque no quería verlo envuelto en dificultades.

—Pero debo conocer los detalles del caso. Y estoy seguro de que usted tiene mucho que decir.

—Para contárselo, tendré que nombrarlo socio en una parte del negocio. Desde ahora cobrará el medio por ciento de las ganancias que obtenga.

—¿Va a obtener ganancias, señor Marchand?

—Estoy metido en un negocio de cuatro millones de dólares.

Pegué un silbido.

—En ese caso, el medio por ciento serian veinte mil dólares.

Sonrió.

—¿Le parece mucho?

—Si se tiene en cuenta que he tenido que escapar de milagro dos veces a la muerte, la cantidad no es fabulosa.

—Le daré veinticinco mil. Pero ahora será mi socio. No me guardaespaldas.

—Un momento, señor Marchand. ¿Está seguro que confía en mí?

—Completamente. Por eso le voy a poner al corriente de detalles.

—Suéltelo, por favor. Me come la curiosidad.

—Empezaré por el principio.

—Me parece muy bien.

Marchand se acomodó en una litera que pendía del techo a un lado del camarote.

—La cosa empezó cuando un individuo que representaba a una organización llamada Frente de Liberación me propuso que le proporcionara armas para su lucha en un país africano...

—Siga.

—El individuo llegó a un acuerdo muy rápido conmigo. Yo le proporcionaría las armas y él me pagaría contra entrega del cargamento.

Yo no dije nada.

Luego, añadió:

—En el fondo soy un sentimental. Así que simpatiqué de inmediato con un grupo guerrillero que quiere instaurar la democracia en un país regido por un tirano o por unas fuerzas armadas que representan la tiranía.

—La historia de siempre.

—Sí, Lautrec. Le prometí al agente que buscaría las armas. Ya sabe, fusiles del tipo M, ametralladoras y morteros de campaña. Hicimos un cálculo y acordamos en que la mercancía valía cuatro millones de dólares.

—¿Por qué acudieron a usted? —inquirí.

—Ésa es una buena pregunta. Lo hicieron porque no podían pagar en divisas, en metálico, dinero contante y sonante. Ellos

quieren pagar en esmeraldas.

—¿Esmeraldas?

—Es lo que se obtiene en aquel país africano. El Movimiento de Liberación posee esmeraldas y las cambia por material de guerra. Como soy joyero y además tengo ideas progresistas, el agente me hizo la proposición y acepté.

Me masajeeé el mentón, pensativo.

—Bien, usted da las armas y van a pagarle en esmeraldas.

—Cuatro millones.

—¿Dónde tendrá lugar el intercambio?

—En el puerto de esta ciudad. Las armas las consigné bajo la etiqueta de «material agrícola» para que pasaran con más facilidad. Y pasaron la revisión en los puertos donde la embarcación ha tocado antes de llegar aquí.

—¿Han llegado ya las armas?

—Sí, Lautrec. Y estoy esperando el agente del Movimiento de Liberación para que las traslade al barco que traerá y que las llevará a su punto de destino.

—Entiendo. El intercambio se producirá en el mismo puerto.

—Yo entregaré el cargamento con la documentación y recibiré por ello cuatro millones de dólares en esmeraldas.

—¿Por qué no se dejó acompañar por una nube de guardaespaldas y tuvo que recurrir al primero que pasó? O sea, a mí.

—Porque entendí que el negocio se llevaría en el mayor secreto. Pero sin duda, ha habido alguna filtración.

—Y la filtración ha puesto en estado de alerta a los del bando contrario al Movimiento de Liberación.

—Ya veo que ha comprendido.

—Ahora ratifíqueme que los agentes secretos del Estado en cuestión quieren impedir por todos los medios el intercambio de armas-esmeraldas.

—Se lo ratifico, Lautrec. Eso es lo que ha pasado.

—Los políticos del país africano han enviado a un grupo de agentes para matarlo a usted y que la mercancía vuelva a su punto de destino.

—Eso fue en principio lo que perseguían. Quisieron matarme en tres ocasiones. Usted fue testigo de un último intento de liquidarme

en la playa de estacionamiento. Pero se ve que luego han pensado otra cosa.

—Dejarlo vivo y aprovecharse del cargamento y de las esmeraldas.

—Más o menos —dijo Marchand pensativo—. Me capturaron para que firmara estos documentos de desembarco que tengo en esa mesa. Así podrían conseguir las armas.

Lancé una ojeada y atrapé una carpeta muy abultada que debía contener el papeleo para el traspaso de la mercancía de una a otra embarcación.

—Cuando pensaron que vivo les hacía más papel, me secuestraron y trataron de que firmara la transferencia de la carga. De ese modo ellos recogían el material de guerra y de paso intentarían alguna jugarreta con los nacionalistas para ver de conseguir quedarse con las esmeraldas también.

—Lo que se dice una doble jugada.

—Por eso, decidieron tenerme vivo. Me trajeron aquí para que firmara los papeles del desembarco de material y de paso arrancarme la consigna que me pondría en contacto con los guerrilleros.

—¿Qué consigna es?

Marchand titubeó un momento y dijo:

—Usted ya es de la familia. Así que debe estar enterado. La frase clave para reconocer al agente del Movimiento de Liberación es: «No importa matar en jueves».

—No importa matar en jueves. ¿Cuál es la frase del agente del Movimiento de Liberación?

—El tiene que contestar: «Pero el viernes también es buen día».

—Resulta divertido —dije, mientras pensaba en montar un plan para proteger a Marchand.

Éste añadió:

—Estoy con el alma en vilo porque tarda demasiado en aparecer. En cambio, los que han llegado primero han sido los del bando contrario. Los que ostentan el poder en el país africano.

—Usted se refiere a toda esta gentuza que nos ha hecho andar de cabeza. Los del Servicio Táctico.

—Repito que primero pensaron en matarme. Pero ahora quieren aprovecharse del material y de las esmeraldas. Estoy seguro que

tenderán una emboscada a los del movimiento libertador. Por eso, necesitaban mi firma y la consigna que es la frase clave.

—«No importa matar en jueves» —repetí.

—¿Qué piensa hacer, socio?

—En primer lugar voy a esconderlo en un lugar donde será difícil ser hallado. Incluso le colocaré una peluca y un bigote para que no lo localicen.

—Ellos están en todas partes.

—Pero no lo hallarán en el *camping* donde acampa Brigitte.

—¡Un *camping*! —exclamó el joyero—. ¡No es mala idea!

—Es la primera que se me ocurre. Usted abandonará el hotel Excelsior. Yo ocuparé su habitación y quedará a la espera del agente que me diga «Hay que matar en jueves».

—«No importa matar en jueves» —rectificó Marchand.

—¿Qué le parece la idea de que yo espere al agente?

—No me parece mala. En realidad es lo que querían obtener de mí los del Servicio Táctico.

—Nunca he oído hablar de esa clase de «servicio». Dejando aparte que Brally lo mencionó cuando sus gorilas intentaron matarme.

Marchand suspiró.

—Seguro que Brally tiene el cuartel general muy cerca de la ciudad.

—Concretamente en una mansión llamada Las Rocas —dije, y a continuación le relaté brevemente la aventura de los dos agentes que tuve que despachar en el molino abandonado.

Cuando acabé el relato Marchand sudaba en grande.

—¡Cielo santo! Si no viene pronto el agente nacionalista, el que tiene que recoger las armas, tal vez no sigamos vivos.

—A usted tratarán de hallarle vivo. Pero no lo van a conseguir. Lo esconderé bien escondido.

Hubo un brillo de sinceridad en los ojos del joyero cuando dijo:

—Me alegro mucho de haberle conocido, Lautrec. Hay pocos hombres en los que se pueda confiar y que estén dispuestos a arriesgar su vida por una causa.

—¿Sabe? También yo soy un sentimental y un aventurero, mezcla de las dos cosas.

Nos estrechamos la mano con ganas.

—Estoy a su disposición, Lautrec.

Llamé a Brigitte y le expuse el plan de alojar a Marchand en su *camping* donde quedaría escondido.

La rubia tenía sed de aventuras y se mostró muy complacida.

—Ojalá llegue pronto el que tiene que recoger las armas y entregarme las esmeraldas —dijo Marchand.

—Yo estaré en el hotel a la espera de su llegada.

—¿Por qué no nos largamos de este yate fantasma? —intervino Brigitte alegremente.

Aquella chica cada día me gustaba más. Además de ser valiente siempre tenía buenas ideas.

Por lo menos había acertado en el cambio de plan de los del Servicio Táctico. Había dicho que primero querían a Marchand muerto, pero que habían cambiado el plan porque vivo les era más útil. Era un tesoro de chica. Acertó en toda la línea.

Sujeté con fuerza la carpeta que contenía los documentos de embarque-desembarque y salimos del camarote seguidos de Jacques Marchand.

Saltamos a la lancha, la puse en marcha y nos dirigimos a tierra firme.

Desde allí conduje a Jacques Marchand al *camping* donde Brigitte tenía su tienda y lo inscribí con falso nombre.

Brigitte le colocó una de sus pelucas morenas que transformaron totalmente el rostro de Jacques Marchand.

Éste rió con ganas.

Luego me despedí de la pareja y tomé mi auto para dirigirme al Excelsior.

Cuando llegué al hotel hallé una nota en la recepción donde el conserje me cedió el cuarto que había ocupado Marchand.

La nota decía escuetamente: «Mañana por la noche en el puerto». Y agregaba significativamente: «Es jueves».

Como era tan tarde no me podía tener en pie.

De modo que cuando llegué a la habitación que ocupara Marchand, me desnudé rápidamente y no tardé en conciliar el sueño.

CAPÍTULO V

Como me acosté al amanecer, abrí los ojos ya bien entrada la tarde.

Renuncié a reunirme en la playa con Brigitte, y mientras me afeitaba y tomaba una ducha decidí echarle un vistazo al bastardo de Brally, el jefe del Servicio Táctico.

Almorcé ligeramente y luego salí a la calle en busca de mi auto.

Enfilé por la avenida principal hacia la mansión Las Rocas.

Al llegar allí puse en práctica mi método de colarme sin ser visto por los guardianes de la puerta: di la vuelta a la propiedad y salté por la verja de hierro que conducía a la yedra enroscada.

Entré en el jardín y me dirigí a la casa también por la parte de la cocina.

Felizmente, la cocinera no estaba a la vista y entré en la casa sin ser visto por nadie.

Subí la escalera que conducía al primer piso, y al llegar ante la puerta del despacho de Brally, pegué la oreja al tablero.

Escuché una conversación que sorprendentemente giraba sobre mí como personaje principal.

—¿Cómo? ¿Se cargó a los muchachos? —decía Brally.

—Sí, jefe. Abordó el Navigator y debió sorprenderlos.

—Ese Lautrec es un hijo de perra que hay que pasaportar pronto o nos va a dar más de un disgusto.

Sonreí, siempre con la oreja pegada a la puerta.

El que hablaba con Brally añadió:

—Lo peor es que se nos escapa como si fuera una anguila. Y ahora ha conseguido ocultar a Marchand y no hay forma de que los muchachos lo encuentren.

—¡Hay que hallar a Marchand y también a Lautrec!

—Va a ser difícil, jefe. Parece un topo que se oculta bajo tierra.

Y la ciudad es muy grande.

Entonces di la vuelta al pomo de la puerta y entré.

—No tienen que buscar mucho.

El tipo que hablaba con Brally echó mano al revólver del cinto.

Yo fui más rápido y extraje la pistola en un pestañeo.

—Suelta la artillería, hermano. O no lo cuentas.

El fulano dejó caer el arma con un gesto de amargura.

Brally estaba boquiabierto.

—¡Lautrec!

—¿Sí?

—¿Cómo infiernos lo consigue?

—¿El qué?

—Se ha librado del plomo en dos ocasiones. ¡Y encima nos ha quitado a Marchand!

—Recuerde que soy el protector de Marchand.

Inexplicablemente, Brally cambió de humor y se echó a reír.

—Si no lo veo, no lo creo.

—Tengo la obligación de proteger al señor Marchand. Y recuerde que usted me dijo que se hallaba secuestrado en el Navigator.

—Porque creí que jamás conseguiría entrar en el yate.

—Pero entré.

—Sí, infiernos. Y además se cargó a dos de mis muchachos. Porque se los cargó, ¿no es cierto?

—Las barracudas están muy contentas.

Brally hizo una mueca.

—Comprendo. Usted los sorprendió, pero fue más hábil que ellos y les dio el pasaporte.

—Así sucedió.

Brally no parecía muy contrariado.

Cruzó las manos y se repantigó en el sillón.

—¿Por qué no hablamos como caballeros en vez de lo que somos, Lautrec?

—Estoy a la escucha.

Brally suspiró. Miró a su empleado y le dijo:

—Sal de aquí, Mike.

—Oiga, este tipo es peligroso.

—Mucho, Mike. Pero sabré manejarlo.

El tipo obedeció y salió del despacho.

Brally me obsequió con la mejor de las sonrisas que pudo componer.

—Usted va a trabajar para mí, Lautrec.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Mi instinto.

—Pues le ha engañado.

—No, Lautrec. Usted y yo vamos a llegar a un acuerdo porque le voy a ofrecer un estupendo negocio.

—Ya estoy tocando madera. No me fío.

—Sí, Lautrec. Puede confiar en mí. Y respecto a los agentes a mis órdenes, que se ha cargado, voy a olvidarlo todo.

—No me diga.

—En realidad eran simples peones en la partida de ajedrez que estamos dilucidando. En cambio usted es una pieza mayor que puedo incorporarla a mi juego.

—¿Qué clase de pieza?

—Una torre, un alfil, algo que me servirá de veras para llevar adelante mis planes.

—¿Qué planes tiene, Brally?

El tipo estiró las piernas completamente relajado.

—Quiero las armas.

—¿Y?

—También las esmeraldas.

—Apunta usted muy alto, Brally.

—Lo tengo a usted para que me sirva de colaborador.

—No colaboraría con usted ni por todo el oro del mundo.

—¿Cuánto es para usted «todo el oro del mundo»?

—En estos momentos veinticinco mil que me ofrece Marchand para que lo cuide.

—Yo le doy treinta mil si se pasa a mi bando. Demonios, usted haría el negocio de su vida. Le saca los veinticinco mil a Marchand y yo, luego, le doy treinta más.

—¿A cambio de qué?

—De entregarnos a Marchand, de conseguir para nosotros las armas y, de paso, quedarnos con las esmeraldas.

—¿Cómo piensa hacer todo al mismo tiempo?

—Antes de contestar, dígame si acepta.

—Antes de aceptar, dígame cómo piensa hacerlo.

Brally titubeó unos instantes y finalmente se arriesgó.

—Llegaremos al puerto en el momento en que se produzca la transacción. Cuando Marchand entregue las armas y reciba a cambio las esmeraldas, usted estará presente y fingirá que se halla al lado de Jacques Marchand. En aquel instante usted sacará su pistola y se hará con las esmeraldas. Nosotros nos ocuparemos de intentar llevarnos las armas. Y será el negocio del siglo.

Como me daban ganas de saltar sobre el tipo y atraparlo por el pescuezo, tuve que dominarme a altos niveles.

Lo conseguí y dije entre dientes:

—No acepto.

Brally abrió los ojos sorprendido.

—¿Va a despreciar veinticinco de un lado y treinta mil dólares de otro?

—Reconozco que es una pequeña fortuna. Pero no soy un traidor.

—Maldición, déjese de frases dramáticas. Esto se llama negocios. Y le propongo el mejor negocio de su vida. Quiero que sea un agente doble. Por ello, recibirá una pequeña fortuna.

—No, Brally.

—¿Por qué, infiernos? ¿Quiere decirme por qué?

—Me parece una de las más sucias jugadas del mundo.

—No sea sentimentaloides. Acepte y será rico.

—Ni hablar.

Brally comenzó a sudar.

—Le daré cuarenta mil —anunció.

—No.

—¡Cuarenta y cinco mil y no se hable más! ¡Añadido a lo que obtenga de Marchand con el engaño conseguirá un montón de pasta!

—No, Brally —dije, conteniendo las ganas de cazarlo por el cuello y tirarlo por la ventana—. No conseguirá que traicione al señor Marchand.

—Usted no es un sentimental, Lautrec. Usted está chiflado.

—Ya he conseguido saber cuáles son sus planes cuando se produzca el intercambio en el puerto. Y le advierto una cosa, Brally. No quiero verlo por allí o será lo que haga por última vez en su

vida.

De repente el tipo comprendiendo que no me convencería sacó precipitadamente el arma que escondía en el cajón de su escritorio.

Disparó una vez.

Pero erró el tiro.

La bala pasó aullando por sobre mi hombro, muy cerca de la oreja.

Y ya no le di más oportunidades.

Volqué el escritorio sobre él.

Los objetos que se hallaban en la superficie y el mismo mueble lo aplastó desviando otro disparo que me hizo.

Acto seguido brinqué sobre el montón de mesa, silla y papeles y enganché a Brally por la pechera.

Estaba yo tan furioso que lo tomé por una pierna y lo hice patalear en el aire.

Parecía adivinar lo que se le venía encima.

Le di impulso y lo arrojé contra la ventana.

Brally embistió con su cuerpo contra la vidriera y la atravesó en medio de un huracán de cristales rotos.

Cayó al jardín.

Me asomé y vi que estaba consciente aunque dolorido.

Alargó el cuello y gritó:

—¡Mátenlo, demonios! ¡Hagan algo!

Salí de la estancia muy aprisa.

Uno de los gorilas se interpuso en mi camino esgrimiendo una pala de grandes dimensiones que pensaba estrellarme en la cabeza.

Esquivé la pala por décimas de milímetro y le di a cambio un patadón en el bajo vientre.

Luego corrí hacia la verja, justo por donde había penetrado en la mansión.

Sonaron disparos a mis espaldas, pero no me alcanzaron creo que milagrosamente.

Salté a la calle y entré precipitadamente en mi auto que tenía el motor en marcha.

Arranqué en segunda y las ruedas chirriaron.

Aún escuché el salpicar de las balas sobre la carrocería.

Luego, regresé al centro de la ciudad.

CAPÍTULO VI

Estaba anocheciendo cuando me reuní con Brigitte y Jacques Marchand en el *camping*.

Después de contar mi entrevista con Oscar Brally, el jefe del Servicio Táctico, Marchand se echó las manos a la cabeza.

—¿Ha perdido el juicio, Lautrec? ¿Por qué ha corrido ese riesgo?

—Porque quería conocer las cartas de Brally.

—¿Y lo ha conseguido?

—Sí, señor Marchand. He llegado a la conclusión de que Oscar Brally lucha a la desesperada.

—¿Por qué?

—El hecho de que me haya propuesto que le traicione a usted significa que no sabe por dónde salir. El quiere las armas y si puede ser las esmeraldas. Quiere asestar un doble golpe, pero no sabe cómo. Y por ello trató de tentarme a mí.

Marchand se pellizcó el mentón pensativo.

—Las cosas se complican, Lautrec.

—Están complicadas.

—Si Brally no puede conseguir las armas, es capaz de denunciar a las autoridades del puerto que el material descargado con la etiqueta «Herramientas Agrícolas» no es más que un cargamento de armas.

—He pensado en esa posibilidad.

—Y si las autoridades del puerto reciben el chivatazo, si se denuncia que en los tinglados de los almacenes hay armas en lugar de material agrícola, la autoridad confiscará el material y yo no recibiré a cambio las esmeraldas.

—También cabe otra posibilidad, señor Marchand.

—Suéltelo, Lautrec.

—Supongamos que Brally no puede impedir el intercambio armas-esmeraldas. No gana nada con denunciar que el cargamento son armas. Puede dar instrucciones a sus agentes para que el cargamento sea capturado en el puerto africano de destino.

—Es probable.

—Puede que le resulte más fácil intentar interceptar el cargamento de armas en un puerto africano y aprovecharlas en su beneficio que armar un jaleo con las autoridades de acá.

—Estamos en la incertidumbre, Lautrec.

Me masajee el mentón como si de allí tuvieran que salirme las ideas.

Por fin hallé un razonamiento lógico.

—Ya lo tengo, señor Marchand.

—¿De veras?

—Brally intentará hacerse con las armas y las esmeraldas en este puerto. Pero si lo hacemos fallar, entonces será cuando denunciará a las autoridades la realidad del cargamento para que sean confiscadas.

—O sea que usted insinúa que la denuncia será como un recurso.

—Sí, señor Marchand.

—¿Qué podemos hacer para salir de dudas?

Fue la linda Brigitte que nos escuchaba con los ojos muy abiertos quien dio una salida a nuestras cavilaciones.

—¿Por qué no se ponen en contacto con el hombre que ha de recoger las armas? Tal vez proporcione una salida al problema.

No tuve más remedio que atraparla por la barbilla y darle un beso en los labios.

—Eres única, cielo.

—Déjate de monsergas y acudamos al puerto para entrar en contacto con el hombre del Movimiento de Liberación africano. El que te ha enviado la nota al hotel.

—No fallas una, corazón. Eso es lo que vamos a hacer.

—Os acompaño.

—Me niego en rotundo, Brigitte. Y si insistes no tendré más remedio que atarte de pies y manos, ponerte un esparadrapo en la boca y recluirtte en tu tienda de campaña.

—Eres un repelente machista, Alain.

La tomé de una mano y traté que mi voz fuese lo más dulce

posible, aunque sabía que me iba a salir mal.

Dije roncamente:

—Te quiero, Brigitte. Y daría mi vida porque no te sucediera nada.

—¡Me quieres! ¡Y lo dices con acento melodramático!

—¿No te estoy dando pruebas?

—Pero nunca me lo habías dicho de viva voz.

—Pues ya lo tienes.

—Os acompañaré a pesar de todo. Y trata de impedírmelo. Llevaré mi pistolita.

Accedí de una cabezada.

—Sea como quieras. Pero si hay jaleo, júrame que te mantendrás al margen.

—Simplemente, te lo prometo... mientras no corra peligro tu vida.

Como la discusión se hacía infinita, opté por ponerme en pie y Marchand y Brigitte me siguieron.

Era ya el anochecer. Y la nota dejada en el registro del hotel no concretaba más.

Conque cuando llegamos al puerto nos fuimos directamente a los almacenes que contenían el material agrícola.

Esperamos un buen rato hasta que se aproximó un tipo haciendo eses, como si estuviera ebrio.

—No importa matar en jueves —dijo.

Brigitte, Marchand y yo dimos la vuelta.

—Los viernes también es un buen día —replicó Marchand.

El tipo dejó de dar traspies y pareció más sereno que el mar.

—Ustedes —exclamó—. Vaya, ya es la tercera vez que doy la consigna y me han tomado por borracho. Gracias al cielo que los encuentro.

Era un tipo de tez oscura, alto, dientes que contrastaban con el color de su piel porque relucían como perlas bien alineadas.

El resto era el de un tipo duro, resuelto a todo.

—Soy el comandante Armand Duvalier —anunció.

Nos estrechamos todos las manos con el llamado Duvalier.

Marchand le puso al corriente de las actividades del Servicio Táctico y los mismos temores que teníamos nosotros hicieron presa en Duvalier.

—Si los tipos no pueden atacarnos, son capaces de denunciar a las autoridades portuarias que el cargamento no es otra cosa que armas de guerra. En ese caso confiscarían el material y no podríamos pagarle los cuatro millones, señor Marchand.

Éste no sabía qué hacer. Miraba a todos lados esperando un ataque del Servicio Táctico, o a las autoridades del puerto dispuestas a intervenir la carga.

Traté de sacarlos del punto muerto en que se hallaban.

—¿Qué cantidad de hombres ha traído consigo, comandante Duvalier?

—Tengo una docena de hombres bien adiestrados con las armas.

—¿Cuál es su barco?

—Aquel yate gigante de alta velocidad que se llama Atlantic.

Traté de poner en orden todo aquel jaleo.

—Bien, sugiero que Marchand ordene el reembarque de la mercancía en el navío que la trajo.

—¿De qué servirá eso?

—Las autoridades no intervendrán a tiempo porque es la propia carga que trajo el navío. Luego, haremos el traslado de la carga en alta mar.

El comandante frunció el entrecejo.

—Pero no evitará un telefonazo del Servicio Táctico a las autoridades portuarias y entonces saldrá el guardacostas a detenernos.

—El guardacostas está anclado en el puerto.

—Pueden ponerlo en marcha en unos minutos.

—No —dije—, si queda averiado.

Todos respingaron a coro.

El comandante Duvalier miró a Marchand.

—¿De dónde ha sacado a este hombre? ¿O está loco o es un tipo muy listo?

—Creo que es listo —dijo Marchand.

—Y yo creo que está loco —añadió Brigitte.

Le tapé la boca con la mano y dije:

—Uno de sus hombres puede buscar y colocar una carga de plástico en el casco del guardacostas. Así no les perseguirá en el caso de que las autoridades portuarias sean alertadas por el Servicio Táctico.

—No tengo hombres adecuados para esa misión.

—Yo lo haré —dije resueltamente.

El comandante sonrió con sus blancos dientes.

—Adelante, valentón. Acérquese al Atlantic y yo le proporcionaré una carga de plástico para horadar el casco del guardacostas.

Me fui tras él resueltamente.

Se volvió a medias por el camino y añadió:

—¿Cree que no tratarán de perseguirnos por otros medios?

—No creo que alerten a la Armada para detener al Atlantic. De todos modos si la transferencia de la carga se hace en alta mar, ustedes tienen tiempo de escapar y pasar de las doscientas millas de aguas jurisdiccionales. Ya no tendrán que temer ninguna persecución.

—Todavía estoy en dudas. O está loco o es un temerario.

Entramos en el Atlantic y pronto Duvalier me proporcionó una carga de explosivo activado por un cronometrador.

Incluso tenía una banda magnética para pegar la carga a un casco de hierro.

Me desnudé en la misma cubierta del Atlantic y me arrojé al agua.

No estaba demasiado fría a pesar de que por las noches refrescaba lo suyo. Brigitte prefería el baño nocturno, recordé.

Atravesé el puerto a nado y conseguí aproximarme al buque guardacostas.

No me costó gran esfuerzo colocar la carga pegada magnéticamente al casco.

Luego, regresé otra vez al Atlantic y me sequé con la toalla que Duvalier me traspasó con aire divertido.

—Ahora que traten de perseguirlos —dije, tiritando un poco.

Duvalier y yo descendimos del yate y vimos que Marchand había ordenado la recarga del transporte que había conducido la mercancía.

El Texas, nombre del transporte, se puso en marcha a toda máquina y salió de la dársena del puerto.

Poco después, regresamos todos juntos al Atlantic que ya tenía los motores en funcionamiento.

Duvalier se despidió de nosotros y, con el entrecejo fruncido,

anunció:

—Voy a pagarle, señor Marchand. Recogeremos la mercancía en alta mar con toda la impunidad. Pero ya puede darle las gracias a su socio el señor Lautrec.

Subió y bajó del Atlantic todo en unos segundos y entregó una bolsa del tamaño de un melón pequeño a Jacques Marchand.

Éste abrió la boca de la bolsa, extrajo una esmeralda al azar y llevado por un espíritu profesional, se colocó una lente en el ojo y la examinó.

Contó las que había en el interior y cerró dando dos vueltas al hilo.

—Cuatro millones —dijo, con aire de experto.

—Nunca lo engañaríamos, señor Marchand. Tenemos los mismos ideales —el comandante Duvalier sonreía como un buda.

Luego, se despidió de nosotros y trepó por la escalera del Atlantic.

Éste no tardó en hacerse a la mar.

Iba al encuentro del Texas que le traspasaría la mercancía en mar abierto.

Por primera vez le habíamos ganado la partida a los del Servicio Táctico.

Sin duda ignoraban lo que acababa de suceder en el puerto.

Brigitte, Marchand y yo permanecemos más de un par de horas en el bar del puerto.

Esperábamos la explosión en el guardacostas para asegurarnos que no perseguiría al Atlantic en caso de una filtración por parte de los del Servicio Táctico.

Cuando andábamos por la tercera copa, ya impacientes por escuchar el estampido, éste se produjo con gran estruendo que alarmó a la clientela.

Todos salieron a ver qué diablos pasaba.

Se quedaron admirados al ver que el buque guardacostas escoraba de babor.

Sonreíamos muy orondos porque teníamos la convicción de que en aquellos momentos la transferencia de la carga se habría producido entre los dos navíos en alta mar y el Atlantic ya se llevaba su cargamento de armas rumbo al país africano que luchaba por su libertad.

Cuando salimos del bar vimos llegar a un automóvil negro del que bajaron media docena de individuos armados.

Brigitte, Marchand y yo corrimos por los almacenes en busca de nuestro coche.

Pero no nos dieron tiempo a llegar.

Los tipos del Servicio Táctico comenzaron a dispararnos.

Nos ocultamos tras unas cajas enormes y desde allí respondí al fuego.

—¡Matadlos, maldita sea! —exclamó el jefe de la pandilla.

Y reconocí la voz de Oscar Brally.

Los fogonazos partían de varios puntos.

Brigitte respondía valientemente al fuego.

También Marchand había traído consigo algo de artillería y la hacía funcionar.

Conseguí colocarle una bala en el hombro a uno de los atacantes.

Luego, Brigitte también dejó cojo a otro que huyó saltando hacia el coche para ponerse a salvo.

Traté de localizar a Brally y lo vi mucho más lejos haciendo uso de un teléfono.

Sin duda estaba alertando a las autoridades portuarias de la jugada del intercambio de género que se había producido. Les estaba informando del cargamento de armas.

Así debió ser porque vimos a la patrulla del mar que corría hacia el guardacostas averiado y hacían signos de contrariedad al verlo escorado.

Tumbé a otro de los agentes de Brally y luego, Brigitte y Marchand echaron a correr hacia nuestro automóvil.

No tardé en seguirlos, despidiéndome con una ristra de balas.

Poco después huíamos del puerto con una bolsa de esmeraldas que valía cuatro millones de dólares.

Eramos los ganadores y los del Servicio Táctico los perdedores.

CAPÍTULO VII

Un par de días más tarde Jacques Marchand y yo le dimos la bienvenida a uno de los socios de la Compañía de Joyeros al que había teleografiado Marchand para ponerle al corriente del éxito de la operación.

El socio era un sujeto alto, de rostro anguloso y sienes blanquecinas que respiraba dignidad por todos los poros.

Era la otra cara de la moneda de Jacques Marchand.

Así como Marchand era un comerciante luchador y con espíritu de aventuras, el socio, Roger Lacroix, era el típico hombre de negocios, serio y con ojos grises que tenían mucho de magnético.

—Gracias a Alain Lautrec —decía Marchand—, la operación ha sido todo un éxito, Lacroix.

Éste me estudiaba como si yo fuera un raro ejemplar.

—En el mundo hacen falta hombres como usted, Lautrec. Son la clase de individuos capaces de conseguirlo todo.

—Por lo menos llevamos a buen término la compra-venta de armas, señor Lacroix.

Marchand rió.

—Debió correr usted todas nuestras aventuras hasta el final, Lacroix.

—No me gusta la violencia, amigo Marchand.

—Pues tiene su lado positivo.

—Lo dudo.

Marchand reía sacudiendo la cabeza.

—Lo bueno es que en estos momentos tenemos cuatro millones de dólares en gemas. Y están escondidas debajo de la tienda de campaña de la hermosa Brigitte.

—¿Es de absoluta confianza?

—Usted juzgará, después de lo que colaboró con nosotros —replicó Marchand.

Lacroix apretó los labios que formaron una línea recta.

—Bien —dijo—. Creo que es conveniente sacar las esmeraldas del *camping* y llevarlas a un lugar seguro.

—Allí están seguras, señor Lacroix —dijo Marchand—, ¿eh, Lautrec?

Yo me abstuve de responder a la pregunta.

Sabía que Brigitte era digna de toda confianza.

Pero me sentiría mejor cuando las gemas estuviesen a buen recaudo.

—¿Por qué no llevarlas a una caja particular en un banco? —insinué.

Lacroix asintió.

—Parece que me haya adivinado el pensamiento.

—Bien —dijo—. Iré a por la bolsa de esmeraldas y ustedes harán con ellas lo que crean conveniente.

—Será mejor que se dé prisa —dijo Roger Lacroix.

Me puse en pie y me despedí del socio de Marchand que acababa de presentarme.

Descendí al vestíbulo del Excelsior y me enfrenté con un día soleado, radiante.

Me pregunté qué diablos estaría haciendo la pandilla de Oscar Brally y sus agentes del Servicio Táctico.

Tal vez habían vuelto grupas y se habían largado con viento fresco a otros lugares.

Lo deseé desde el fondo de mi corazón.

Subí al auto y lo enfilé a lo largo de la avenida paralela al mar.

Poco después llegaba al *camping* donde esperaba hallar durmiendo a la bella Brigitte.

Entré en su tienda y respingué al verla vacía.

Sin embargo vi una nota cosida con un alfiler en un costado de la tienda.

La nota decía algo que me puso los pelos de punta:

«Nos hemos llevado a Brigitte y, por supuesto, los pedruscos. Si quiere hallarla viva no trate de buscarnos».

Hice una bola de papel y lo metí en el bolsillo del pantalón.

La rabia hizo presa en mí.

¿Cómo podían haber dado con el escondrijo?

Estaba hecho un lío y, de momento, confieso que me sentí anonadado.

Salí de la tienda y vi a una hermosa morena que se estaba tostando al sol.

—¿Puedo preguntarle algo? —dije.

Ella levantó la mirada y me observó de arriba abajo.

—Pregúnteme todo lo que quiera, menos la hora —replicó ronroneante como un gato.

Yo no estaba para conquistas en aquel momento conque la así por un brazo.

—¿Dónde está la rubia de enfrente?

Hizo un mohín de desencanto.

—Ah, ésa... Salió con dos tipos esta mañana. Y ahora usted pregunta por ella. Las hay con suerte, canastos.

—Dígame, por favor. ¿Qué aspecto tenían los tipos?

—Sólo me fijé en el pelirrojo.

—Pelirrojo, ¿eh?

—El otro me pareció un mulato.

—Gracias, señorita.

—Me llamo Mabel.

—Bien, Mabel. ¿Puedes recordar si ella aparentaba tranquilidad?

—¿Quieres decir si estaba asustada? Pues no lo sé. Sólo me acuerdo del pelirrojo que era un cielo.

—Gracias otra vez.

Penetré en la tienda para encontrarme lo que esperaba.

Había un hueco en el suelo, en la tierra mezclada con arena que evidenciaba que habían desenterrado algo.

Sin duda los dos tipos la sometieron a un tratamiento que obligó a Brigitte a confesar dónde estaban escondidas las esmeraldas.

Cerré los ojos y creí verla amenazada por la lumbre de un cigarrillo entre sus pechos.

Ella había hablado. No cabía duda. Y el resultado es que la habían secuestrado y con ella se llevaron las joyas.

Me preguntaba cómo le daría la noticia a los joyeros que estaban esperando el botín en el Excelsior.

Cuando les anuncié las nuevas malas se miraron consternados.

—¡Cielo santo! —exclamó Marchand—. ¡Esperaba que no se quedarían cruzados de brazos los del Servicio Táctico!

—Yo también lo sospechaba —dije.

—¿Cómo han podido localizar a Brigitte?

—No ha sido muy difícil. ¿Recuerda al pelirrojo que lo secuestró a usted en este hotel?

—Sí. El y un compinche suyo, de aspecto mulato me amenazaron con sus pistolas y los tuve que seguir.

—Es el mismo tipo.

—¿Cree que pertenece al Servicio Táctico?

—No lo creo. Pero he llegado a la conclusión de que el Servicio Táctico se vale de delincuentes cuando quiere llevar a cabo un golpe. Esta vez ha sido el pelirrojo y el mulato.

—¿Qué piensa hacer, Lautrec?

—Buscaré al pelirrojo.

—Va a ser difícil.

—No porque sé su nido. Todas las noches acude a Cugat's.

Lo engancharé allí como ocurrió cuando lo secuestraron a usted. Y esta vez lo haré cantar como un canario. Ya se llevó unos buenos sacudones por hacer estos trabajos sucios.

El socio Roger Lacroix mostraba una especie de escepticismo que brillaba en sus grises ojos.

—¿Confía plenamente en Brigitte?

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a si es de plena confianza o es capaz de verse tentada por cuatro millones de dólares.

—Tengo fe en ella.

—¿No es demasiado ingenuo con una mujer?

—Sé que no me engañaría nunca, señor Lacroix.

Éste asintió con la cabeza.

—Bien, acepto su palabra. Confiemos en Brigitte. Y también confiemos en que no corra ningún peligro.

—Esos bastardos son capaces de degollarla si voy tras sus pasos.

—¿Entonces no piensa hacer nada, Lautrec?

—Señor Lacroix. Desde el principio he trabajado este asunto a fondo y lo voy a seguir haciendo. Buscaré al pelirrojo.

Los dos socios se dejaron caer en sus respectivas sillas como si se sintieran cansados repentinamente.

—Era todo muy arriesgado —dijo Lacroix.

—¡Estoy seguro de que Alain Lautrec encontrará a la muchacha y a las joyas!

—Si las joyas no han volado a otro país...

Intervine apretando los maxilares.

—Escuche, señor Lacroix. Me interesa más la vida de Brigitte que las esmeraldas. Pero hallaré las dos cosas.

—Insisto en que las joyas pueden haber sido trasladadas a otro lugar fuera de esta ciudad. En tal caso será muy difícil.

—Se olvida de una cosa, señor Lacroix.

—¿El qué?

—Las carreteras y aeropuertos están muy vigilados a causa del tiroteo de la noche del embarque. Hay controles en las carreteras. Así pues, los del Servicio Táctico o los delincuentes que tengan el botín no van a salir de la ciudad en unos días. La policía lo vigila todo.

—Entiendo —dijo Roger Lacroix—. Usted cree que todos los huevos siguen en el mismo canasto.

—Es una condenada comparación. Esa gentuza no intentará abandonar la ciudad, ni el país. Seguirá unos días hasta que se enfríe el caldo tan caliente.

—Así sea, Lautrec.

—Creo que estoy bien seguro.

—¿Va a buscar al pelirrojo a pesar de las amenazas de muerte contra Brigitte?

—Lo haré y que el cielo nos ayude.

—Otra vez amén —replicó Lacroix que no parecía demasiado convencido de mis habilidades.

Como no estaba dispuesto a esperar toda la tarde para que llegara la noche y acudir a Cugat's,

opté por visitar el establecimiento a aquella hora de la mañana.

Hallé a un par de camareros que se hallaban aburridos por la falta de clientela a aquellas horas.

Me dirigí al más mayor porque tenía aspecto de búho que nada le pasa desapercibido.

—Hay un pelirrojo muy habitual, con una cicatriz en el pómulos. A veces lo acompaña un mulato. ¿Quiere ganarse diez dólares?

—¿En moneda americana?

—Sí.

El empleado acercó su cabeza hacia mí provocándome cierta repulsión porque tenía mal aliento.

—Hace un par de días que no acude por estos lugares.

Sentí que me desinflaba por si lo había perdido.

—¿Tiene idea de dónde lo puedo hallar? Son diez pavos.

Miró a un lado y a otro y musitó:

—Sé que tiene un apartamento en Edificios El Sol. Lo sé porque una noche telefoneó para que lleváramos bebidas para una juerga que había montado. Pero aguarde que consultaré con mi compadre.

Se desplazó por detrás del mostrador y habló en voz baja un momento con su colega.

Éste asintió un par de veces y el barman regresó a mi lado.

—No me equivoco. Edificios El Sol. Aunque no le garantizo que se haya mudado entretanto. Se llama Fellack.

Le di los diez dólares y los alisé pasmado ante sus ojos.

También le aconsejé que cerrara el pico si alguien le preguntaba por mí.

Para sellar el pacto, añadí otros cinco que el tipo acogió con grandes muestras de alegría.

Salí de

Cugat's

y regresé a mi auto.

Lo abandoné después de una carrera corta cuando localicé Edificios El Sol, para lo cual tuve que preguntar a un par de peatones.

Se trataba de un bloque de cemento que le daba aspecto de colmena rodeado por un jardín evidentemente muy descuidado.

Atravesé la alameda y se me planteó la dificultad de buscar nombres en los distintos portales de los Edificios El Sol.

Pero como sabía que se llamaba Fellack tanto por Brigitte como por el barman, pronto hallé su nombre en uno de los patios.

Entré una vez informado que vivía en el último piso.

Tomé el elevador y pulsé el octavo.

Cuando llegué, localicé la habitación del pelirrojo y me pregunté

cómo actuar. ¿Llamaría o me limitaría a derribar la puerta?

Como ocurre siempre no tuve que enfrentarme con ninguna de las dos disyuntivas.

La puerta estaba entreabierta.

Empujé y una cálida atmósfera me envolvió erizándome el vello.

No era para menos.

Después de echar una somera mirada al apartamento, lo encontré.

El rubio estaba tendido en el suelo, boca abajo, y tenía un punzón en la nuca.

Posé una mano sobre la de él y deduje que llevaba muchas horas muerto.

CAPÍTULO VIII

Si Brigitte no se hallaba en el apartamento, tampoco había que esperar que se encontraran las esmeraldas.

De todos modos, eché un vistazo somero por la habitación principal y el dormitorio.

El desorden reinante indicaba que alguien había hecho un concienzudo registro antes que yo.

Tampoco obtuve resultados buscando en los bolsillos del muerto porque sólo contenían unas llaves, un pasaporte y billetes de banco hechos una bola.

De lo que estaba seguro es que el pelirrojo no era parte del Servicio Táctico. En todo caso había sido alquilado debido a su fama de delincuente común. Una vez hubo sacado a Brigitte y las joyas del *camping*, era evidente que le arrebataron a ambas y lo habían matado para que guardara silencio.

Ahora me quedaba el mulato que acompañaba al pelirrojo.

Me pregunté si el mulato no habría sido el autor del desaguisado, llevado por la codicia.

Sí. Tal vez había traicionado a su amigo Fellack que ahora tenía un punzón en el cuello.

Aquella forma de matar a Fellack correspondía mejor a un crimen entre delincuentes que a una acción del Servicio Táctico que poseía pistolas con silenciador.

Abandoné el apartamento después de esperar un buen rato a que se despidieran dos vecinos que hablaban en el rellano.

No deseaba que nadie me viera salir del lugar del crimen.

Cuando el panorama se veía desierto salí sigilosamente y después de bajar en el elevador, atravesé la alameda y abandoné los apartamentos Edificios El Sol.

Subí a mi automóvil y me dirigí hacia el cuartel general del Servicio Táctico en la mansión llamada Las Rocas.

Abandoné el vehículo sin apagar el motor porque ya había tenido que salir dos veces por piernas de aquel lugar.

Pronto me desilusioné cuando hallé en la entrada principal a un jardinero que cuidaba el césped.

—¿Adónde está el señor Brally? —pregunté.

El jardinero se incorporó.

—Las Rocas está deshabitada. Los inquilinos se marcha ron ayer.

La desilusión que me embargaba debió pintarse en mi rostro porque el jardinero se rascó la cabeza y agregó:

—No es usted el único que los busca.

—¿Quién más?

—De todo. Cobradores, gente con facturas pendientes, policías...

—¿También policías?

El jardinero sonrió.

—Por lo visto se largaron sin pagar lo que adeudaban.

—Entiendo, se han hecho humo.

—¿Le deben a usted algo?

—Sí. Apúnteme en la lista de los acreedores.

El tipo se echó a reír.

—No es el primer caso en esta ciudad. El mes pasado estuve trabajando para una finca de la misma compañía que me paga, y los inquilinos huyeron hasta con los muebles.

—Hay mucho caradura por el mundo, jardinero.

—Me llamo Ramón.

—Bien, Ramón. ¿Puedo echar un vistazo en el interior?

—Hágalo. Pero no se lleve nada o tendré que pagarlo yo.

Le di un billete de a cinco y el tipo se puso muy contento.

Entré en la mansión, esta vez por la puerta principal, no por el servicio de las cocinas.

Ya me conocía de memoria la casa. Conque acudí a lo que fuera el despacho de Brally.

Observé que habían quemado papeles en la chimenea y luego aplastado las cenizas con los pies.

Sólo se observaba el vacío y la desolación de un lugar abandonado precipitadamente.

Pensé inmediatamente en el yate Navigator, donde los del

Servicio Táctico tenían secuestrado a Jacques Marchand, unos días antes.

Pero aposté doble contra sencillo que también sería alquilado y las posibles pistas estarían borradas.

De todos modos anoté mentalmente revisar el puerto por ver si el yate era el lugar donde se escondía la pandilla en aquellos momentos.

Cuando menos lo esperaba, me fijé en un teléfono de pared que se hallaba justo en el corredor del primer piso.

Observé el aparato y algunos números de teléfono anotados aprisa en la pared.

Hay gente que tiene la costumbre de anotar en las paredes los números que toma al vuelo.

Registré en mi libreta de notas los cuatro teléfonos cuyos números resultaban legibles y parecían más recientes.

Después me di la vuelta porque creí escuchar unos pasos cautelosos detrás de mí.

Pero sólo era producto de mi imaginación porque deduje que estaba solo como una lechuza en su rama.

Marqué los teléfonos sucesivamente y sólo me contestaron en uno de ellos.

—¿Quién es? —inquirió una voz bronca por el auricular.

—Mi nombre es Marcus London —mentí al tipo del otro lado del hilo.

—Hable, señor London. Nos interesa mucho saber por qué ha llamado.

—La pasta dentífrica Brilladent ha organizado un concurso con un premio en productos de la casa. Bien, llamo para decirle que el boleto que remitieron ha sido premiado con un lote de productos de la casa. En el boleto sólo pedíamos el teléfono. Pero nos interesa saber quién es usted y dónde vive para llevarle el lote de premios.

La voz del otro lado parecía cansada.

—Oiga, le está hablando la policía.

Di un respingo.

—¿Ha dicho «policía»?

—Sí, amigo. El dueño de esta casa ha sido apuñalado por la espalda. Así que guárdense los premios para otro cliente.

—¿Es mulato? —dije, aventurando la pregunta.

La voz del otro lado alzó el tono hasta un grito:

—¿Cómo lo sabe?

—Pura intuición.

—¡Oiga, espere ahí y dígame su dirección!

—Corto y fuera, policía. Adiós.

—¡Oiga! —gritó el tipo desesperadamente.

Pero colgué rápido y me quedé pegado al teléfono muy pensativo.

Al principio creí que el número correspondía al pelirrojo Fellack.

Pero ahora resultaba que era el del mulato que le acompañaba. Y lo habían matado también.

Sacudí la cabeza para poner en orden el embrollo.

Tan distraído estaba que cuando escuché a mis espaldas que amartillaban un revólver, me di vuelta sin darme tiempo a sacar la pistola.

Un individuo de unos cincuenta años, bajo, regordete y de aspecto descuidado me estaba apuntando con un 38.

Observé que no tenía el dedo sobre el gatillo, sino que manejaba el arma al desgaire.

Lo hacía para que me impresionara.

—¿Quién es usted? —inquirió.

—Si ha prestado atención a mi conversación por teléfono sabrá que soy Marcus London.

—¿Qué está haciendo en la casa?

—Buscar el rastro de los inquilinos desaparecidos.

El tipo hizo una mueca.

—Supongo que también le deben dinero.

—¿Cómo lo sabe?

—Huyeron dejando pendientes muchas facturas incluso quince días de alquiler.

—¿Quién es usted? —pregunté a mi vez.

El tipo enfundó el arma, adoptando una expresión de aburrimiento en su rostro.

—Soy detective privado.

—Infiernos.

—He sido alquilado por uno de los acreedores para que le siga la pista a los que volaron de esta casa.

Asentí de una cabezada.

—Podemos trabajar juntos.

—Yo cobro en dólares. Cincuenta por día de investigación, más gastos que pueden cifrarse en otros veinticinco más. Total setenta y cinco diarios.

—Tengo una idea —dije, tratando de pasarme de listo—. Yo le doy mi información y usted me da la que posea sobre los inquilinos huidos.

Se echó a reír.

—Seguro que sé más que usted.

—Ponga un ejemplo, detective.

—Mi nombre es Gaillard. Paul Gaillard. Así que no me llame «detective».

—Bien, Gaillard. ¿Qué sabe?

—¿Qué pretende? ¿Pescar algo gratuitamente? Primero tendrá que decirme qué sabe usted e intercambiamos información si me interesa.

Dije que sí con la cabeza y agregué:

—Tienen un yate.

Gaillard se echó a reír.

—¿Ve como sé más que usted? Su información no vale un pepino. El yate se llama Navigator. Pero está en el puerto anclado, vacío. También era alquilado.

Abrí los ojos de la sorpresa.

Aquello quería decir que los tipos habían levantado el vuelo.

Lo que más me inquietaba era que hubiesen atravesado los controles de carretera y se hallaran muy lejos. Con Brigitte y con las esmeraldas.

El detective debía ser clarividente porque me adivinó lo que estaba pensando.

—Están escondidos en algún lugar de la ciudad. Conque no sufra por si han volado. Hay controles en las carreteras que no se atreverán a saltar.

—¿Y si han utilizado un avión particular, un helicóptero?

—Usted cree que la policía es tonta, señor Lautrec. Lo tienen todo bajo vigilancia.

Contuve una exclamación.

—¿Cómo sabe que me llamo Lautrec?

—Soy un buen detective, señor Lautrec. Por eso no me creí nada

cuando lo vi de espaldas haciéndose pasar por un empleado de la pasta dentífrica Brilladent.

Me dejé caer en un sofá.

—De acuerdo. Usted gana.

Se humedeció los labios y dijo:

—¿Cuánto voy a ganar?

—Si me ayuda a encontrar a quien busco, le daré cien diarios.

—¿Está hablando en serio?

—No puedo perder el tiempo en pesquisas. Usted parece muy hábil y me ahorrará mucho trabajo.

—Acepto el trato si me paga ahora.

Extraje cien dólares y los entregué al detective Gaillart.

Sonrió con suficiencia.

—Bien, ya es mi cliente —me pasó una tarjeta arrugada de su negocio—. Llame constantemente a este número y lo tendré al corriente. ¿Qué busca usted en realidad?

—A una rubia, alta, bien formada, francesa. Se llama Brigitte y desapareció de la parcela número 22 del *camping* Amanecer. Es mi novia.

—¿Supone que la han raptado los tipos que estaban en esta casa?

—O delincuentes vinculados con ellos. Acabo de hallar a uno muerto.

—Sí —murmuró el detective con mucha profesionalidad—. Usted se refiere a Ray Fellack, el pelirrojo de la cicatriz en el pómulo.

—Infiernos, ¿cómo puede usted saber tanto?

—Soy un profesional de la investigación, señor Lautrec.

Debo decirle que antes que usted, estuve yo en el apartamento del pelirrojo Fellack porque lo sabía vinculado con los inquilinos de esta casa. Y no me pregunte cómo sé tanto porque nos perderíamos en explicaciones.

Lo miré con respeto.

Luego, añadió muy despacio:

—Usted iba en busca del mulato y ha hallado el número de teléfono por casualidad en la pared. La policía está con el mulato muerto y usted les ha contado unos chistes por teléfono.

—Gaillart —dije, convencido hasta el tuétano—. Usted es mejor

que Sherlock Holmes.

—Mejor —asintió con un gesto.

Me eché a reír y traté de pasarle la lista de teléfonos registrados en la pared, pero me dijo que ya tenía tomada nota antes que yo. Trabajaba aprisa.

—Bien, lince —dije—. Póngase a trabajar y localice a la rubia secuestrada.

—Tendrá a su rubia. ¿Tiene una fotografía?

Iba a decirle que no, pero recordé súbitamente que llevaba en la cartera una fotografía que nos tomó un profesional ambulante de los que corren por las playas.

Brigitte y yo posábamos en traje de baño. Yo la tenía en brazos como una de esas fotos en que el pescador muestra su pieza.

El detective silbó.

—Mi madre, qué muñeca. No resultará difícil dar con ella porque llama la atención en todas partes. Me quedo con la foto.

—Halle a la chica.

Frunció el entrecejo.

—Oiga, no es propio que una pandilla secuestre a una muchacha cuando se les busca por todas partes. ¿Para qué la han secuestrado? Y no me diga que simplemente por el sexo porque no me lo voy a creer.

—Junto a la pelirroja hay algo de importante valor.

—¿Qué es?

—Le pago para que averigüe cosas por ahí, no para que me las pregunte a mí.

—Lo averiguaré. Sólo quería ahorrarle dinero. Indagar cuesta plata.

—Si quiere que colabore con usted para ahorrarme dinero, dígalos y me pongo a trabajar por otro lado.

Abrió y cerró la boca varias veces como si dudara en plantearme una cuestión.

Finalmente gruñó y dijo:

—Me ahorraría trabajo si fuera a sonsacarle algo a la chica del muerto Fellack.

—¿Tenía una chica el pelirrojo?

—Se llama Valerie y vive en un *bungalow* de las afueras.

—Dígame dónde y yo hablaré con ella para obtener información.

Me miró de arriba abajo y rezongó:

—Sí, creo que cuando se trata de mujeres usted puede tener más éxito que yo. Usted es un tipo bien plantado. El duro que las vuelve locas.

—Déjese de lisonjas y escupa la dirección.

—*Bungalows* el Camarón. Pregunte por la parte este de la ciudad. Está en las afueras. Es el número 22.

Le estreché la mano y me guardé la tarjeta que decía: «Agencia de Investigación Ojo Avizor».

Hice una mueca de desagrado, pero recordando lo que sabía el tipo comprendí que no hacía mal negocio en trabajar con él.

Salí de la casa, monté en mi coche y después de preguntar a un par de transeúntes y a un camionero me encaminé hacia los *Bungalows* El Camarón.

Los *bungalows* se hallaban ubicados frente al mejor lugar de la costa.

Se veían huellas de estar muy habitados, pero no había nadie porque todos sus ocupantes debían hallarse en la playa ya que era la hora ideal de tomar el baño y hacer deportes náuticos.

Temí que la chica del difunto pelirrojo Fellack se hallara también ausente.

Me aproximé al *bungalow* número 22 y oí voces en el interior a través de la puerta cerrada.

Prestando atención lo que escuché puso en tensión todos mis músculos.

Una voz masculina estaba diciendo:

—Si no hablas, primero te cortaré un dedo, luego, una oreja y finalmente una mano.

—¡No! —gritó una chica.

—¿Vas a hablar?

—¡Es que no sé nada!

—Claro que sabes, muñeca. Verás si sabes cuando te corte el dedo primero.

Se escuchó un forcejeo y un grito ahogado.

Fue cuando hice saltar el pestillo de la puerta de un patadón.

Los ocupantes se volvieron hacia mí.

—¿Puedo ayudar? —dije.

Ellos eran presa de la estupefacción. Se trataba de dos tipos muy

morenos.

Pero mi sorpresa no fue menor cuando reconocí a los dos fulanos.

Eran los que pretendieron apuñalar a Jacques Marchand en los aparcamientos, al principio de mi historia.

Los dos empuñaban sendas navajas y uno de ellos había hecho un pequeño corte a la joven que se veía tan asustada.

El más alto de los dos morenos sonrió al reconocirme y dijo:

—Vaya, nos volvemos a encontrar, amigo.

—El mundo es pequeño —dije.

Y como puestos de acuerdo, se abalanzaron sobre mí.

CAPÍTULO IX

Como los tipos ya sabían mi modo de pelear, me abstuve de practicar el karate con ellos.

Atrapé una silla y la interpuse para que la primera navaja no me hiriera.

La hoja del arma blanca se rompió al entrar en contacto con el fondo de la silla.

Sin perder el tiempo, estrellé la silla contra el cráneo del otro moreno.

Cayó al suelo como un fardo.

El primero que había atacado y se le rompió la hoja de la navaja tuvo un conato de espanto cuando saqué mi pistola.

—¡No dispare! —gritó, casi en un chillido.

—¿Por qué no debo hacerlo?

—¡Sólo queríamos hacerle un pequeño tajo para asustarla!

—¿En el cuello?

El tipo hizo una mueca de amargura al ver a su compinche desmayado en el suelo.

Estaban acostumbrados a trabajar juntos y cuando uno de ellos era puesto fuera de combate el otro no era hombre.

—No queremos matar a nadie —dijo, sinceramente.

—Pero pensaban en mutilar a la morena.

Ésta gemía recogidas las piernas debajo de su cuerpo en un sofá.

No decía nada, pero observaba mi providencial presencia con alivio. El navajero dijo:

—Mi nombre es Ismael. Y el de mi compinche Turco.

Turco roncaba con la boca abierta. El silletazo le había sentado muy bien para el insomnio.

—Bien, Ismael. Empecemos por el principio y veremos si te

libras de una buena.

—Lo contaré todo.

—Adelante.

Se humedeció los labios porque el miedo se los había reseado.

—Turco y yo estamos a la espera de plata siempre.

—Eso no es malo.

—No, míster. Lo malo es que sólo nos salen trabajos de navaja.

—Ya.

—Unos tipos nos propusieron darle un susto a Jacques Marchand. Usted lo evitó en aquella playa de estacionamiento, cuando nos vimos la primera vez.

—Prosigue.

—Luego, hemos oído que había algo grande detrás de todo este negocio.

—¿Cómo lo olistéis?

—Cuando vimos frenético al pelirrojo Fellack.

—Que en paz descanse.

—No lo matamos nosotros.

—No porque vosotros usáis la navaja.

—Lo mató su compinche el mulato.

—Vaya, noticias frescas.

—Se lo juro, míster. El mulato mató al pelirrojo Fellack y se llevó a la muchacha y todo lo que Fellack tenía de valor.

Me abstuve de aclararle que «todo lo que tenía de valor» el pelirrojo no era otra cosa que las esmeraldas.

Ismael prosiguió:

—Seguimos al mulato y lo hallamos en su apartamento. Allí estaba la chica y algo más que el mulato conservaba con mucho interés. Eso que al mulato le gustan las rubias.

—No divagues y ve al grano.

Ismael asintió.

—Tuvimos una buena con el mulato que había asesinado al pelirrojo.

—¿Qué pasó?

—El tipo nos quiso entregar a la rubia, pero se guardaba algo muy interesante que nosotros sabíamos que tenía.

—¿Qué era lo interesante?

—Nunca lo pudimos averiguar.

—¿Por qué?

—Porque cuando teníamos al mulato apuñalado en el suelo ocurrió algo imprevisto.

—De modo que tú y Turco le disteis el pasaporte al mulato.

—Tuvimos que hacerlo o nos habría matado.

—Bien, muerto está el mulato. ¿Qué fue lo imprevisto?

—Dos tipos con pistolas que irrumpieron en la estancia. Nos dispararon, pero Turco y yo teníamos la suerte de cara porque saltamos por el balcón.

—¿Y después?

—Visitamos a ésta. La chica del pelirrojo para que nos informara qué diablos robaron Fellack y el mulato además de la rubia Brigitte. Pero ésta no sabe nada. Creo que dice la verdad.

—¿Conocíais a los tipos que os dispararon en la habitación del mulato?

—Sí, míster. Eran los mismos que nos contrataron para darle el susto al señor Marchand, Jacques Marchand, cuando usted y nosotros sostuvimos la pelea en la playa de estacionamiento...

—De modo que eran los mismos fulanos.

—Deben ser agentes secretos o algo parecido. Pero la última vez que los encontramos querían matarnos junto al mulato muerto. No querían ofrecernos ningún trabajo. Bastante hicimos con volar a través del balcón. Hicieron fuego pero no nos alcanzaron.

Me rasqué la patilla con el cañón del arma.

—Bueno, podéis largaros. Pero si os veo metidos en el asunto, juro que os volaré la cabeza.

—¡Gracias, míster!

—No las merezco.

—¿Puedo derramar agua sobre Turco para ver si despierta? Le ha sacudido usted muy duro.

—Concedido.

Ismael atrapó un vaso de agua y lo derramó sobre la cara del inconsciente Turco.

El tipo resolló, se ahogaba y, finalmente, despertó.

—¿Dónde estoy?

—Estás bien, Turco —dijo su compinche—. El señor nos perdona la vida y vamos a olvidarnos del negocio para siempre.

Turco sopesó la propuesta de su socio, gruñó y se acarició el

chichón que yo le había levantado.

La vista de mi pistola lo acabó de convencer.

—De acuerdo, Ismael. Vamos. Hemos perdido. Olvidemos el caso.

Los dos sujetos salieron de la estancia.

No dejé de apuntarles con mi arma por si intentaban alguna jugarreta.

—¿Qué aspecto tenían los fulanos que os alquilaron para asustar a Marchand y que, luego, trataron de mataros en casa del mulato?

—Son dos fulanos muy grandes. Llevan anteojos negros lo cual los hace muy parecidos en la expresión.

—De acuerdo. Háganse humo.

Los tipos dieron la vuelta y atravesaron el camino.

Cuando estaban al otro lado, sin saber de dónde, surgió un automóvil negro a gran velocidad.

Por la ventanilla del coche apareció una metralleta que descargó dos ráfagas cortas.

Los dos morenos de las navajas recibieron los impactos equitativamente repartidos.

Saltaron al impulso de los proyectiles y cayeron al suelo completamente inmóviles.

Salí corriendo de la casa y apunté con cuidado al conductor del auto. Utilicé las dos manos con la pistola.

Hice fuego.

Le di.

El coche derrapó sin control y se llevó por delante una serie de cubos de desperdicios alineados en las puertas de los *bungalows*.

Finalmente, el compañero del conductor pareció hacerse con el manejo del vehículo porque después de hacer unas «eses» desaparecieron por un lado de la urbanización.

Entré en el *bungalow* de la morena que fue amante de Fellack, el pelirrojo.

Se echó en mis brazos, muy asustada.

—Calma, muchacha...

—¡Ha sido horrible!

—Pero ya pasó todo.

—¡Es como vivir una pesadilla! ¡Y pensar que todo ha sido por él!

—¿Quién es él?

Ray. Ray Fellack. O el pelirrojo como lo llaman ustedes. Yo le quería, pero él ya me había abandonado. Y he tenido que pagar las consecuencias de sus malos negocios.

—De modo que creías que era trigo limpio.

—Sólo me di cuenta de que eran negocios sucios lo que llevaba entre manos cuando lo vi huir como un ratón y luego, llegaron estos dos que acaban de matar ahí afuera. La verdad es que usted es mi salvador.

—No tiene importancia.

Ella me miró directamente a los ojos.

—Pídame lo que quiera que no se lo negaré.

—¿Qué puedo pedir?

Me besó en los labios con fuerza para darme una pista de lo que estaba dispuesta a darme.

Sin embargo, la aparté con cuidado y dije:

—Te pido que huyas de aquí con lo puesto.

—¿De veras?

—No quiero que la policía te halle y te machaque a preguntas. De modo que conviértete en humo.

Asintió con vehemencia, tomó una maleta y apiló lo primero que halló a mano más imprescindible.

Luego, me siguió hacia el coche que tenía estacionado al otro lado.

Lanzamos una postrer mirada a los dos morenos muertos a balazos.

Por fortuna los ocupantes de los *bungalows* se hallaban en la playa porque era la mejor hora del baño y nadie nos vio salir.

Sólo un perro se aproximó a los cadáveres y los olfateó.

Luego, se alejó dando aullidos lastimeros.

* * *

La morena, que decía llamarse Valerie, y yo, comimos en un restaurante en el centro de la ciudad.

Pasamos varias horas juntos en las que traté de sonsacarle algo.

Pero era evidente que no sabía nada de los negocios de su muerto novio, el pelirrojo.

Para postre, la había dejado sin un centavo.

Tuve que darle cierta cantidad para que huyera de la ciudad.

Intentó besarme y dijo que estaba dispuesta a pagarme lo que hacía por ella.

Pero a veces tengo instintos de caballero andante. Y aunque la morena estaba muy potable, me las ingenié para rehusar sin hierirla y acompañarla a la estación de autobuses.

Cuando se despidió de mí a través de la ventanilla sentí que se me quitaba un peso de encima porque aquella mujer representaba problemas.

Ni la necesitaba como hembra, ni deseaba que la policía la localizara y le preguntara sobre mí.

Al perder de vista el autobús, me dirigí al hotel Excelsior donde hallé a los dos socios joyeros que me estaban esperando.

Jacques Marchand y Roger Lacroix se abalanzaron sobre mí porque por mi gesto intuyeron que traía noticias.

Les expliqué que había localizado al pelirrojo, pero muerto.

Luego, les hice un relato de lo acontecido hasta que despedí a Valerie en el autobús.

Lacroix apretó los maxilares.

—De modo que estamos como al principio. Otra vez han quedado interrumpidas las pistas. Muerto el pelirrojo, el mulato y los dos navajeros, las pesquisas han llegado a un punto muerto.

—Me temo que sí —dije, ceñudo.

—¿Por qué no llama al detective?

—Señor Lacroix —dije, alzando las cejas—. Creo que ha dado en el clavo. Voy a ponerme en comunicación con él.

Atrapé el teléfono y marqué el número de Gaillart, el detective de agencia de investigación Ojo Avizor.

Tomaron el auricular y me alegré de oír a Gaillart.

—Soy Lautrec.

La voz del detective sonaba gangosa, pero excitada.

—¡Tengo buenas noticias para usted!

—¿Los halló?

—¡Estoy sobre la pista! ¡Y creo que es buena!

Me volví hacia los joyeros y sonreí.

—Tiene algo que comunicarnos y es importante —hablé por el micrófono y pregunté—: ¿Dónde están?

—Los tipos son muy listos y se han escondido en un lugar

insospechado.

—¿Adónde?

—Quiero que venga a mi oficina y charlemos un rato para organizar el plan.

—Anticípeme algo.

—No, Lautrec. A veces las paredes oyen. Así pues, será bueno que se deje caer por aquí.

—De acuerdo.

Colgué el teléfono y me dirigí a los joyeros asociados.

—Gaillart ha dado con el nido —anuncié.

Los dos joyeros se miraron con entusiasmo.

—¡Era un trabajo de detective particular! —exclamó Marchand.

—Pero necesita ser rematado por un profesional de la acción —agregó Lacroix—. Y el señor Lautrec nos viene como anillo al dedo.

Marchand intervino sacando su pistola de pequeño calibre.

—Yo le acompaño.

—No, señor Marchand.

—¡Puedo intervenir si algo funciona mal!

—Repito que no.

—¡Pero la otra noche ya me vio en el puerto disparando sobre esos granujas! Sé utilizar un arma...

—No quiero que se arriesgue. Intentaré sorprenderlos.

A continuación nos enzarzamos en una discusión que resultó monocrorde. Marchand quería acompañarme al cuartel general del Servicio Táctico y yo me negaba vez tras vez.

Roger Lacroix dijo que necesitaba una copa y salió de la estancia, dejando bien claro que la determinación que yo tomara sería la mejor.

Por fin pude convencer a Marchand quien quedó muy compungido porque yo declinaba su colaboración.

Abandoné la estancia y, al pasar por el bar, vi a Roger Lacroix que levantaba su vaso para brindar por mi éxito.

Tomé mi coche, pero sólo tuve que viajar unas cuadras porque la oficina de investigación Ojo Avizor se hallaba muy cerca del hotel. Concretamente en la parte vieja de la ciudad.

Abandoné el auto antes de penetrar por las estrechas callejuelas.

Localicé la oficina del detective que estaba en un primer piso.

Cuando me aproximé al patio, tuve una extraña impresión al oír

arrancar un coche en un próximo callejón.

No vi el vehículo, pero era como si el ruido del motor me resultara familiar.

Ascendí la escalera que daba a la oficina y que olía a emparedados de cebolla procedente de un bar cercano.

Llegué a la puerta del cubículo de Gaillard y la encontré entornada.

Había algo que me olía muy mal y no era precisamente por la cebolla.

Empujé la puerta y hallé un recinto pequeño, lleno de archivadores.

En un costado se veía un mugriento escritorio con un teléfono encima y más papeles.

Pero lo tremendo estaba en el sillón del escritorio.

Era el cuerpo exánime del detective Paul Gaillard derrumbado sobre la mesa por la que se extendía un charco de sangre.

CAPÍTULO X

Me precipité sobre el cuerpo de Gaillard y mis dedos fueron al encuentro de sus carótidas.

Todavía tenía pulso.

A partir de aquel instante los acontecimientos se sucedieron como en una película muda en que las imágenes se mueven aprisa.

Tomé entre mis brazos a Gaillard y lo levanté como una pluma.

Salí como un ciclón cargado con él y no me pasó desapercibido que tenía tres balazos en el cuerpo por donde manaba abundante sangre.

Descendí las escaleras a una velocidad meteórica y corrí por la calle en dirección a mi automóvil.

Abrí como pude con una mano y metí el cuerpo inerte del detective.

Luego, me puse al volante y partí hacia una clínica particular que se hallaba cerca de aquella zona.

El viaje se me hizo interminable aunque sólo fueron cinco minutos.

Descendí del coche frente a la puerta de Urgencias de la clínica y dos enfermeros me salieron al paso con una camilla ya preparada.

Por lo visto, estaban atentos a los casos de emergencia y detectaron inmediatamente que aquél era uno de éstos.

Se llevaron a Gaillard más aprisa que lo introduje.

Fui tras el grupo y un doctor examinó brevemente las heridas del paciente.

—Aguarde —dijo el doctor que era un sujeto bajo de pocas carnes.

—Debo hablar con él —dije con un acento de desesperación.

—No puede.

—Es necesario que hable con ese hombre. Debo hacerle una sola pregunta.

El doctor me vio tan ansioso que me detuvo de un modo inesperado.

Me golpeó el estómago y luego estrelló su puño contra mi mentón.

Trastabillé mientras retrocedía y tuve que agarrarme a la pared porque me habían sacudido duro.

Examiné al doctor que tenía un rostro sereno y profesional.

Podía haberlo aplastado con una sola mano. Pero me abstuve de reaccionar porque sabía que todo lo hacía por el paciente.

Éste se hallaba ya bajo cuidados médicos por otros dos doctores.

Uno de los médicos salió por la puerta que habían metido a Gaillart y murmuró:

—Ha muerto.

Sentí que me ponía rígido.

El doctor que me había propinado los puñetazos se volvió con un gesto grave y echó un vistazo.

Luego, regresó y dijo:

—La policía hará preguntas. Son heridas de bala. Y hemos de denunciar el caso a la autoridad.

Me aclaré la garganta.

—Yo sólo acudí a su oficina para que buscara a mi novia que se ha fugado con un tipo.

Lo hallé en esas condiciones.

—Bien, déjeme el número de su teléfono por si la policía quiere interrogarlo.

—Muy bien. Anote.

Y le di un falso número porque no tenía el menor deseo de enfrentarme con la policía.

Supuse que no tratarían de localizarme porque el hecho de que había llevado al moribundo Gaillart a una cura de urgencia me colocaba al margen de toda sospecha.

Salí del hospital anonadado.

Como no tenía nada mejor que hacer, medité un instante dentro de mi coche y lo puse en marcha.

Regresé a la oficina de Gaillart.

Nadie parecía haberse dado cuenta de lo que acababa de ocurrir

en la Agencia de detectives.

Sin duda alguna le habían disparado con pistolas de silenciador y nadie había sido alertado por los disparos.

Penetré en la estancia y busqué entre los papeles de notas y mi mente trabajó aprisa.

Aquel bolígrafo sería la última cosa que Gaillart había tocado con sus manos cuando lo mataron.

El bloc de notas tenía una hoja arrancada precipitadamente porque había restos del borde agujereado, mientras que el resto del bloc había sido utilizado sin barbas de papel.

Observé las huellas del bolígrafo sobre una página en blanco y tuve un súbito pensamiento.

Atrapé un lápiz y comencé a sombrear toda la hoja en blanco.

Deseaba leer lo que había escrito Gaillart por última vez.

La huella del lápiz ennegreció la hoja, pero dejó ver algunas letras de la impresión del bolígrafo cuando escribieron con él.

Alancé a leer una huella blanquecina que formaba unas letras.

El mensaje decía:

—... Dama yacente... hotelito...

Salí del despacho con una mueca de decepción en los labios.

Tal vez las palabras que había destacado no significaban nada.

De pronto di la vuelta y regresé al interior.

Busqué en el archivo de «Casos» que debió tener Gaillart al alcance de la mano y busqué mi nombre.

En la fila de fichas destacó algo que hizo alentar mis esperanzas. Yo estaba registrado allí.

Extraje la ficha y sentí crecer el desaliento.

Sólo había una nota que decía, después de describir mis señas físicas y el domicilio:

«Mujer desaparecida. Probable botín con ella. Vinculado al tiroteo del puerto. Vinculado a la muerte de Ray Fellack y el Mulato».

Seguían unas cuantas palabras más que debían ser una clave indescifrable porque no me dijeron nada.

Comparé la frase «Mujer desaparecida» con «Dama yacente» y

«Hotelito», pero soy muy obtuso para los acertijos y desistí.

Me llevé consigo la ficha y la hice desaparecer en un cesto de papeles de la vía pública, debidamente troceada.

Luego, trepé al auto y regresé al hotel Excelsior para poner al corriente de lo sucedido a los dos socios joyeros.

Cuando acabaron de escuchar mi relato todos quedamos muy compungidos porque veíamos esfumarse una pista que los asesinos habían cortado a balazo limpio.

Fue el señor Marchand quien estaba mirando por la ventana dejando perder su mirada en lo infinito cuando de repente se volvió dando un grito.

Instintivamente eché mano a la pistola, pero no llegué a empuñarla porque no había peligro a la vista.

Era una idea súbita la que había hecho gritar al joyero.

—¡La veo!

Di un salto hacia él.

—¿Qué infiernos ve?

—¡La Dama Yacente!

Pegué mi cara contra los cristales de la ventana, pero no vi nada.

En eso el joyero señaló hacia la lejanía.

—¡Allá, Lautrec!

Seguí la indicación de su dedo y me mostró una montaña en la lejanía.

—¡Aquello es la Dama Yacente! —exclamó.

—Aquello es un monte al borde del acantilado.

—¡Pero se llama la Dama Yacente! ¡Tiene ese nombre porque su perfil recuerda el de una mujer tumbada! ¡Oí hablar del lugar como un sitio de extraordinaria panorámica!

Di un salto atrás.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—La Dama Yacente... ¡Y el hotelito! ¡Debe significar un hotel particular en la cumbre o la ladera del monte!

—¡Sí, Lautrec! ¡Eso es!

Salí precipitadamente de la habitación del hotel.

Tuve que detener por la fuerza a Marchand porque ya tenía su pistola en la mano y deseaba venir conmigo.

Le hice desistir y bajé al vestíbulo del hotel, todo en quince segundos.

Atrapé el automóvil y pregunté al guardacoches por dónde se iba a la Dama Yacente.

Cuando me dio la información puse en marcha el vehículo y alcancé a ver a Roger Lacroix que pedía un *whisky* en el bar en compañía de su socio.

Luego, partí hacia la Dama Yacente.

Tuve que rodear inedia ciudad hasta situarme en una carretera de sinuosas curvas siempre en ascenso. Después enfilé un camino amplio que conducía a la montaña.

También tuve que sortear curvas y contracurvas para situarme en la ladera donde se veían algunas edificaciones de recreo.

Pero al fin el corazón me dio un vuelco cuando reconocí un edificio cuadrado, con aspecto de castillo en miniatura que podía recibir muy bien el nombre de hotel.

Entonces tuve una duda. No sabía si abandonar el automóvil y hacer el camino a pie para no llamar la atención. O llegar hasta la misma puerta del hotelito y dejar el motor en marcha por si tenía que salir huyendo con Brigitte.

—¡Brigitte! —dije en voz alta.

Y la sola mención de su nombre me hizo sentirme muy feliz.

Estaba enamorado de aquella flamante criatura y lo sabía ahora que deseaba tanto estar cerca de ella.

Si le habían hecho algún daño, me juré que no dejaría del Servicio Táctico ni los rabos.

Decidí abandonar el coche no demasiado lejos del hotelito, pero sí lo suficientemente cerca para entrar por un bosquecillo y alcanzarlo en caso de huida. Además el vehículo quedaba perfectamente a cubierto y no podía verse desde la casa.

Eché pie a tierra y busqué la parte trasera del jardín que lo rodeaba.

Quería sorprender a aquella gentuza porque intuía que eran demasiados para mí solo.

Saqué la pistola y repuse la carga para llevarla repleta de munición.

Luego, avancé a lo largo de la cerca convenientemente agachado para que no me vieran.

Salté por entre una masa de vegetación y me colé dentro.

Eché un vistazo por las ventanas de aquel lado pero no vi a

nadie.

La última la hallé abierta y pasé una pierna por el marco cayendo dentro con el mismo sigilo que un gato.

Gracias a la alfombra mis pasos quedaban ahogados.

Finalmente, alcancé a escuchar palabras sueltas de una conversación.

Era el bastardo del jefe Oscar Brally, el capitoste del Servicio Técnico.

Empujé la puerta y lo hallé a él con Brigitte que estaba atada de pies y manos a una silla.

El rostro de la muchacha se puso radiante al verme.

—¡Alain! —exclamó.

Apunté con la pistola a Oscar Brally, jefe del Servicio Táctico y con la otra mano desaté las ligaduras de las muñecas que inmovilizaban a Brigitte.

Ella se ocupó de desatarse los tobillos.

Lo que más me sorprendió fue que Brally no parecía demasiado alarmado por mi presencia.

—¿Otra vez juntos, Lautrec? —dijo, sonriente.

Lo encañoné a medio metro de distancia, pero no conseguí que se impresionara.

Una de dos: o el tipo tenía muchas agallas o se sentía seguro porque allí había montada una trampa para mí.

Fue lo último.

Antes de que me diera cuenta dos tipos apoyaron sus pistolas con silenciador en la cabeza de la muchacha.

El más alto dijo perentorio:

—Suelta el arma, Lautrec. O le volamos la cabeza a la chica.

Mascullé un juramento entre dientes por haberme dejado sorprender por los fulanos.

Lo peor era que si no obedecía sus órdenes serían muy capaces de desparramar los sesos de la muchacha.

Mugí de rabia y dejé caer el arma.

Aunque en mi fuero interno no me daba por vencido. Si los fulanos tenían el menor descuido, me agacharía rápido, rodaría por el suelo y empuñaría de nuevo la pistola.

Pero ocurrió algo insospechado.

Uno de los agentes continuó con el cañón de su arma apoyado

en la sien de Brigitte.

El otro se aproximó por detrás de mí y me golpeó el cráneo con su pistola.

El dolor me corrió de arriba abajo como un rayo que incluso me hizo ver luces.

Sentí que mis piernas se doblaban y el piso iba al encuentro de mi rostro.

Reboté en el suelo y quedé boca arriba.

Los gritos de Brigitte los escuchaba muy lejanos.

Pero no llegué a perder el conocimiento.

Borrosamente, observé que Oscar Brally se me aproximaba con un objeto en la mano.

Cuando acercó el objeto hacia mí, sentí un pinchazo en el muslo y fue el momento en que comprendí que acababa de aplicarme una inyección.

Debía tratarse de una droga especial porque súbitamente quedé paralizado.

Podía ver y oír perfectamente. Pero, como ocurre en las pesadillas, no podía mover ni un dedo.

Escuché la voz tranquila y triunfal del jefe del Servicio Táctico:

—Ha abusado de su suerte, Lautrec. Y lo va a pagar muy caro.

Rodé los ojos hacia él como esperando que continuara.

La condenada parálisis me había afectado todo el cuerpo.

Oscar Brally se paseó a mi alrededor y continuó:

—Estamos en el final del drama, Lautrec. Usted y la muchacha morirán primero. Luego me encargaré de Marchand y todo habrá concluido.

Yo hacía enormes esfuerzos por moverme, pero la droga había hecho todo su efecto. Ahora comenzaba a sentirme cansado y con ganas de dormir.

De todos modos escuché perfectamente las palabras de Brally.

—Lautrec, le he preparado un número especial para acabar con usted. Y el mismo número servirá para la chica. Para que le sirva de información le diré que ha sido una idea súbita que se me ha ocurrido. Tenemos dos muertos en esta casa. Uno es el chófer del vehículo contra el que disparó usted cuando ametrallaron a Ismael y Turco. Usted hizo blanco en el que conducía y murió aquí desangrado al regresar. El otro fiambre es uno de mis agentes que

he tenido que despachar porque pretendía tener parte en mi negocio. Los dos están listos para la fosa. Incluso ya hemos hecho los trámites para el entierro. Pero he cambiado de idea. Arrojaremos sus cuerpos por el acantilado con pesas de hierro para que se vayan al fondo del mar. Y vamos a aprovechar los ataúdes para usted y para la chica. Es el mejor modo de morir sin que encuentren sus cadáveres. No dejarán el menor rastro porque ustedes ocuparán el lugar de los muertos. ¿Se da cuenta, Lautrec? Los dos desaparecerán en el seno de la tierra sagrada. Enterrados vivos.

No tenía ni fuerzas para tensar mis músculos.

Aunque la perspectiva era horrenda, la droga me había inmovilizado por completo.

Tuve que asistir impotente al espectáculo de ver inyectar también a Brigitte a la cual acarrearón entre los dos agentes para sacarla de la habitación.

La droga alcanzó mi cerebro y un extraño sopor hizo presa en mi.

Perdí el conocimiento mientras Brally seguía dando instrucciones a sus dos únicos hombres.

Y me hundí en la oscuridad.

CAPÍTULO XI

Una de las peores cosas que le pueden ocurrir a un tipo en este mundo es abrir los ojos y darse cuenta de que lo han enterrado vivo.

Después de recordar los hechos que me habían llevado a aquella situación, mis músculos estaban descansados y dispuestos a intentarlo de nuevo.

Apoyaría rodillas y manos en el fondo del féretro y empujaría con la espalda la tapadera y la tonelada de tierra repartida por encima de mí.

Me dije que si no lo conseguía ahora no lo conseguiría jamás.

Y pensé luchar hasta el fin antes que darme por vencido y esperar tumbado a la muerte más terrible.

Pero lo que más me espantaba era que según Oscar Brally también Brigitte se hallaba en la misma situación que yo.

Acumulé todo el resto de mis fuerzas en la acción de empujar la tapadera del ataúd y la tierra que estaba amontonada arriba.

La tapa cedió.

La tierra cayó con una lluvia fina dentro del féretro.

¡Me estaba moviendo hacia arriba!

De repente mis esfuerzos fueron coronados con una especie de explosión.

Ocurrió en pocos segundos.

En mi postrer esfuerzo hice saltar la tapa, voló la tierra y mi cuerpo surgió como un resucitado en el día del Juicio Final.

La luz del día me dio en pleno rostro y quedé ciego por unos momentos.

Salí de la fosa y tiré la tapadera a un lado.

Un tipo que manejaba una manguera para regar las flores del

cementerio, se me quedó mirando con la boca abierta.

Todavía fue peor para una mujer enlutada que rezaba delante de una tumba.

Lanzó un estridente grito y se derrumbó sin conocimiento.

El tipo de la manguera no pareció demasiado asustado, aunque sí estupefacto.

—¿Cómo ha podido salir de ahí? —Gargarizó agudamente.

—He resucitado —dije.

Sacudió la cabeza mareado.

—Oiga, amigo. Los muertos no resucitan...

—Me enterraron vivo.

—Demonios.

Me entró una súbita prisa por rescatar a Brigitte... Si es que llegaba a tiempo.

Lo atrapé de la pechera de su guardapolvo y dije:

—¿Cuántos han sido hoy enterrados?

Se rascó la cabeza.

—Dos. Usted y otro que está al otro lado del cementerio.

—¡Traiga una pala!

El fulano empleado del cementerio corrió mecánicamente hacia un pabellón de herramientas y salió como un cohete armado de una pala y una piqueta.

Los dos fuimos volando hacia el rincón del cementerio donde habían inhumado otro cuerpo.

Saltamos por encima de la mujer enlutada que todavía seguía sin conocimiento.

El empleado se detuvo ante una sepultura recién instalada y comenzó a cavar.

—¡Lo tengo! —gritó al tropezar con un ataúd.

—Cuidado. También debe estar viva.

—¿Viva? Creí que era un hombre el que enterraron.

—Nosotros suplantamos a los muertos.

Perplejo como estaba, enganchó con la piqueta la unión entre tapa y féretro y palanqueó.

La caja quedó abierta y dentro reposaba el cuerpo de Brigitte.

Me quedé helado hasta los huesos al verla inmóvil.

¿Habría llegado demasiado tarde?

La extraje de su encierro y la tomé en mis brazos.

Estaba viva todavía.

Le di un par de sacudones desesperados y volvió en sí.

—¿Dónde estoy? —exclamó.

—Te lo explicaré más tarde.

—¡Santo cielo! ¡Estamos en el cementerio!

—Y te has librado de una buena impresión permaneciendo sin conocimiento dentro de un ataúd.

—¡Ataúd! —repitió pasmada.

Salimos corriendo del cementerio.

La mujer de luto había recuperado el sentido, pero al ver sacar a otro cuerpo vivo de las entrañas de la tierra lanzó un alarido y se volvió a desmayar.

Me registré los bolsillos y hallé mi documentación, mi pasaporte e incluso la pistola. Faltaba el dinero.

Los del Servicio Táctico habían dejado todos aquellos objetos en mis bolsillos antes del entierro para borrar cualquier rastro.

En cambio, Brigitte conservaba un poco de dinero en un cinturón secreto que no se les ocurrió registrar.

Le pedí el dinero y tomamos un taxi a la puerta del cementerio.

Di la dirección del *camping*.

El vehículo nos llevó allí en cuestión de minutos.

Luego, le dije a Brigitte que pensaba retornar al hotelito de la Dama Yacente.

Se resistió y se empeñó en acompañarme.

Pero como solo teníamos una pistola comprendió que poco me podría ayudar en mi plan de venganza.

Porque efectivamente iba a vengarme de aquella canallada que habían cometido con Brigitte y conmigo.

Aproveché el mismo taxi que nos había llevado al *camping* para que me condujera al hotelito.

Esta vez los pillaría auténticamente desprevenidos.

El viaje se me hizo muy largo.

Al llegar observé mi coche todavía escondido en el bosque.

Despedí al taxi y volví a reiniciar el rodeo por la cerca del jardín.

Volví a colarme por la misma ventana.

Y sorprendí a Oscar Brally en su escritorio, pero esta vez tenía un solo hombre que le estaba escuchando.

Cuando me vieron se quedaron espantados.

—¿Me esperaban, caballeros? —dije entre dientes.

Los dos quedaron como clavados en sus respectivos lugares.

—¡Es imposible! —exclamó Brally.

—El cielo nos ayudó. Brigitte también está a salvo.

—No.

—Sí, Brally. Y ahora el que va a morir es usted.

Brally rompió a sudar copiosamente.

Su agente tenía la mano dentro de la chaqueta como dispuesto a sacar un arma, pero no se decidía.

Brally una vez más mostró ser un tipo de negocios porque se echó a reír forzosamente y declaró:

—Juro que usted es un tipo fuera de serie, Lautrec.

—No le servirán de nada sus lisonjas.

—Claro que sí, Lautrec. Me doy por vencido. Usted gana.

—¿Qué quiere decir?

Oscar Brally estiró las piernas por debajo del escritorio como lo hizo la otra vez que me propuso que trabajáramos juntos.

—Usted es mi socio.

—¿Se ha vuelto loco?

—No, Lautrec. Estoy muy cuerdo.

—Entonces es el miedo que tiene a morir.

Hizo una mueca de resignación.

—Confieso que me ha dado un buen susto cuando lo vi aparecer de nuevo por la ventana.

—Pero ya se está reponiendo.

—Sí, Lautrec.

—¿De qué sociedad habla?

—De la suya y la mía.

—Ahora piensa comprarme, Brally, ¿eh?

Brally respiraba ya más calmado.

—Usted es un hombre excepcional que no puedo desperdiciar. Lo ha mostrado suficientemente al escapar de la tumba.

Le di cuerda, sonriendo fríamente.

—¿Qué me propone ahora?

—Repartirme las esmeraldas con usted. Un tercio para mí, un tercio para usted... Y el otro para los gastos que ha producido esta operación.

—Saque las esmeraldas.

Brally lanzó la carcajada.

—Sabía que picaría, Lautrec.

—¿De veras?

Se levantó y fue hacia la caja fuerte que abrió de par en par.

Extrajo la bolsa de cuero que yo ya conocía por contener las esmeraldas.

—Haremos los tres montones y se puede quedar con uno. Pero no se vaya de mi lado, Lautrec. Usted ha hecho su fortuna al abatir la pistola y renunciar a su venganza.

—No me diga.

—Se lo repito. Usted será mi socio en operaciones futuras.

—Entiendo. Operaciones de espionaje y demás...

—Sí, Lautrec.

—Hablemos del tercer montón de esmeraldas.

—Ya le he dicho que son para cubrir gastos.

—¿Por qué no me dice la verdad? Si vamos a ser socios me enteraré tarde o temprano.

Sacudió la cabeza fingiendo sorpresa.

—No entiendo.

Me eché unos pasos hacia atrás para abarcar el recinto con mi arma.

—El tercer montón es para el otro socio que tiene usted.

—No hay otro...

—Sí, Brally. Y ahora veo que está mintiendo en su pretensión de que fumemos la pipa de la paz. Usted quiere salir de este embrollo y jugármela en cualquier momento.

—¿Está loco o sufre todavía los efectos de la droga?

Apreté los dientes.

—Ni una cosa ni otra.

—Pues explíquese.

—Usted tiene un socio, Brally. Por lo menos en el asunto de las esmeraldas.

No dijo nada.

Proseguí tras una pausa dramática:

—Su socio fue el que le advirtió que yo había localizado el hotelito.

—No, hombre...

—Sí, Brally.

Una voz que yo conocía muy bien sonó detrás de una cortina.

Era la voz de Roger Lacroix, el joyero que formaba sociedad con Marchand.

El alto y serio socio empuñaba una pistola. Decía:

—Lo ha descubierto todo, Brally. Es inútil que finjas más.

Ladeé la cabeza mirando al joyero.

—Usted fue el que telefoneó a Brally cuando el detective privado descubrió este escondrijo. Aunque lo mataron, tuve ocasión de descifrar en sus papeles y hallar la dirección. Se lo hice saber cuando estábamos con Marchand y otra vez usted bajó al bar a tomar un *whisky*. Pero lo que quería era telefonear de nuevo para que me esperaran aquí. Y me esperaron con una buena emboscada.

—No tengo nada que decir, Lautrec.

Sonreí enseñando los dientes.

—Veremos qué cara pone su socio el señor Marchand cuando sepa que usted es un traidor.

—Quería parte de las esmeraldas. Y es lo que voy a conseguir. Más le valía haberse quedado en la tumba porque allí le vamos a enviar. Seremos cuatro pistolas contra una. Y ello demuestra que usted no escarmienta, Lautrec. Usted es un bobo.

Junto a Lacroix apareció el otro hombre armado del equipo de Brally.

Me eché al suelo y rodé hasta un sofá.

El infierno estalló en la sala.

Las balas arrancaron el tapizado del sofá y no me alcanzaron de puro milagro.

A cambio, envié una posta a Brally que disparaba sentado.

Y sentado murió.

También abatí a los dos guardianes de Brally, una bala en el pecho para cada uno.

Como Roger Lacroix hacía fuego, le repliqué con dos balas que lo degollaron. Ni se enteró del paso a mejor vida.

De pronto el tiroteo se interrumpió dando lugar a un largo silencio.

Fue interrumpido por Brally que permanecía sentado en su escritorio y resollaba al borde de la muerte.

Su mano se proyectó hacia la bolsa de esmeraldas que parecían

escaparse de él. Aunque en realidad lo que se le escapaba era la vida a chorros.

Cuando murió, desparramé la mirada por el despacho y abarqué a los cuatro muertos.

Di un silbido.

Luego, abandoné el hotelito, cargado con las esmeraldas.

* * *

A los dos días de los últimos sucesos, el joyero Jacques Marchand todavía no acababa de comprender la traición de su socio.

Telegrafió a la Sociedad de Joyeros de la que era el presidente y cuando le dictaron las cifras de la contabilidad lo vio todo claro.

Roger Lacroix había defraudado a la empresa en cientos de miles de dólares.

La única salida que había hallado para que no se descubriera el desfalco era asociarse con el Servicio Táctico y participar en el asunto de las piedras preciosas.

—¿Cómo se dio cuenta, Lautrec? —me preguntaba una y otra vez.

Y yo le seguí contestando que fueron los dos viajes al bar que Lacroix hizo repentinamente cuando teníamos buenas noticias del detective y cuando se enteró de que yo había localizado el hotelito. Aquello había sido suficiente para deducir una traición.

Brigitte y yo nos acomodamos en mi coche y partimos en dirección a otras latitudes en busca de la felicidad.

Y dejamos a Jacques Marchand en la acera, rascándose la cabeza lleno de dudas.

FIN



Pedro Víctor Debrigode Dugi
(1914-1982)

es uno de los grandes autores de la novela popular española en su época de esplendor, aquella que va desde los años cuarenta hasta inicios de los años setenta del siglo XX, cuando la televisión cambia definitivamente los hábitos de consumo de la sociedad española. Fue autor de centenares de títulos en la amplia diversidad de géneros que caracterizaba esta manifestación cultural aunque destacó en el terreno de la novela de aventuras y de la novela policíaca.

Nació en Barcelona el 13 de octubre de 1914, siendo su padre francés y su madre corsa. Educado en un ambiente culto —su padre era ingeniero aeronáutico— tuvo una esmerada educación. Estudió la carrera de Derecho aunque no la pudo finalizar pues el año 36, viviendo en Santa Cruz de Tenerife, se vio alistado en las filas del bando nacional al inicio de la Guerra Civil; tras solicitar su traslado a la Península se vio envuelto en extrañas circunstancias que le llevaron a ser acusado de espionaje. Tras ser liberado por falta de pruebas, intentó pasar a Francia pero no lo consiguió siendo nuevamente detenido acusado no sólo de espionaje sino de abandono de destino y malversación de caudales. Tras pasar por

distintos penales y ser condenado, finalmente salió en libertad en octubre de 1945. Empezó a escribir desde la prisión y se casó por primera vez en 1949 teniendo cuatro hijas a medida que iba consolidando su dimensión de escritor profesional. La familia combinó la residencia en diversas poblaciones de Cataluña y se trasladó posteriormente a Santa Cruz de Tenerife. Desde 1957 hasta 1963 Debrigode se estableció en Venezuela donde trabajó como corresponsal de la Agencia France Press y como relaciones públicas de un hotel. Vuelto a España, su esposa falleció en 1967. Se volvió a casar en 1972 y fijó su residencia en La Orotava a partir de 1974; falleció en febrero de 1982 a la edad de sesenta y ocho años dejando tras de sí una ingente producción literaria.

Utilizó un amplísimo abanico de pseudónimos aunque los más importantes fueron Peter Debry —con él creó la mayoría de su narrativa policíaca y del oeste— y Arnaldo Visconti —con esta máscara presentó toda su narrativa de aventuras— pero también firmo sus obras como P.

V. De

brigaw, Arnold Briggs, Geo Marvik, Peter Briggs, v. Debrigaw, y Vic Peterson.